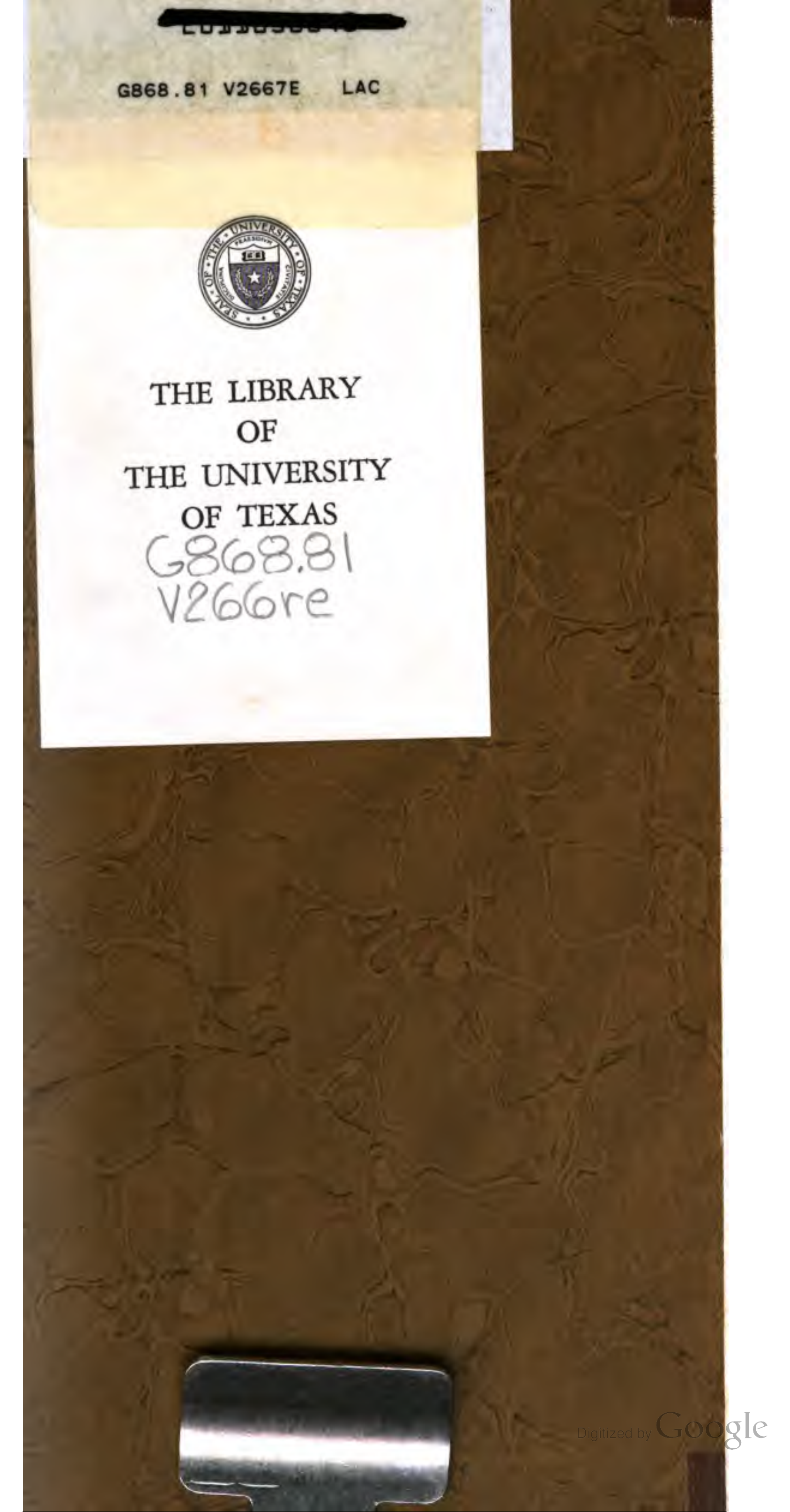
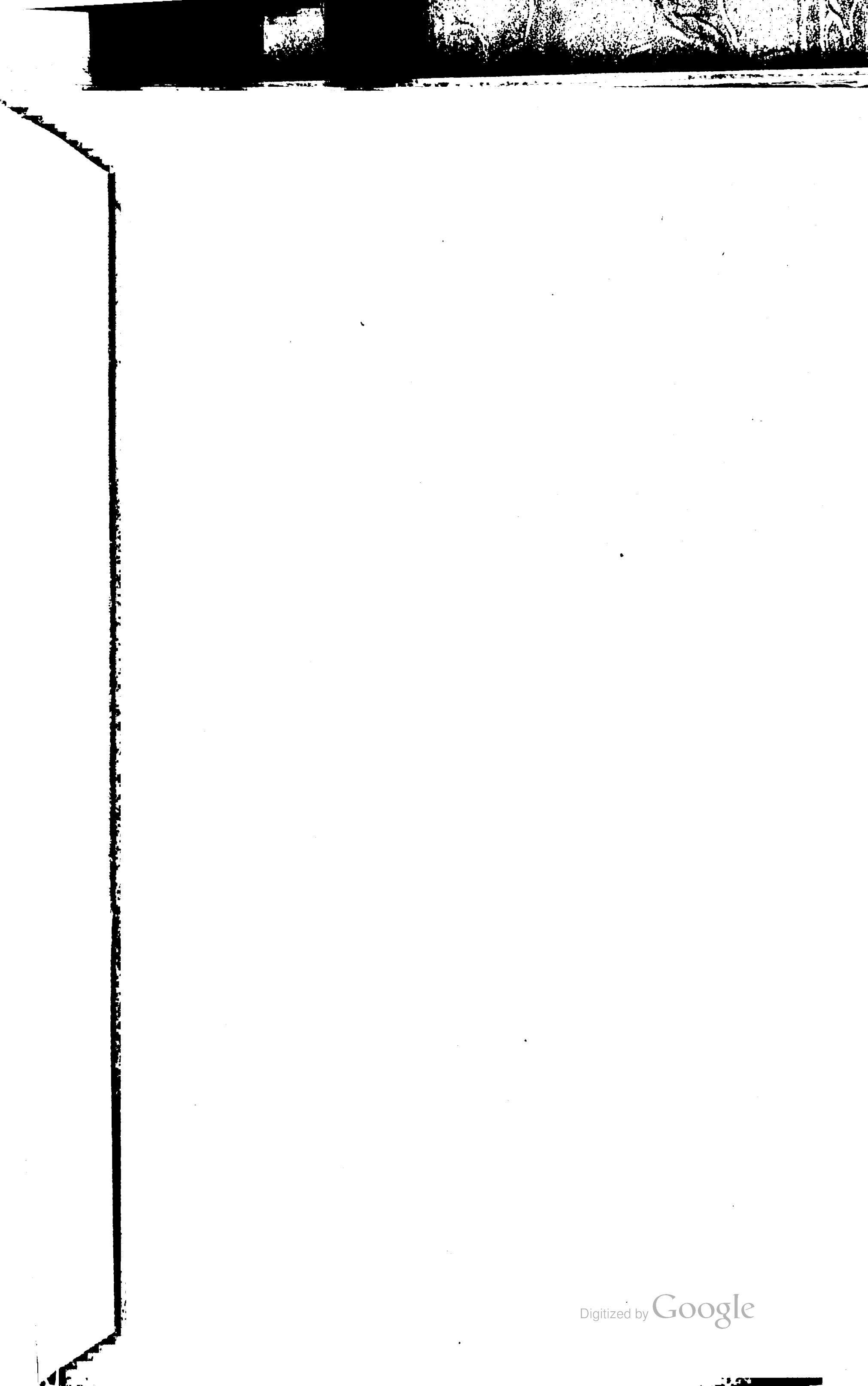


Valledor Sánchez, Gustavo.
En la colonia, 1800-1815.



[redacted]
G868.81 V2667E LAC
THE LIBRARY
OF
THE UNIVERSITY
OF TEXAS
G868.81
V266re
Digitized by Google



Gustavo Valledor Sánchez

EN LA COLONIA

(1800—1815)—POEMA

SANTIAGO
1907

EN LA COLONIA

EN LA COLONIA

(1800-1815)

POEMA

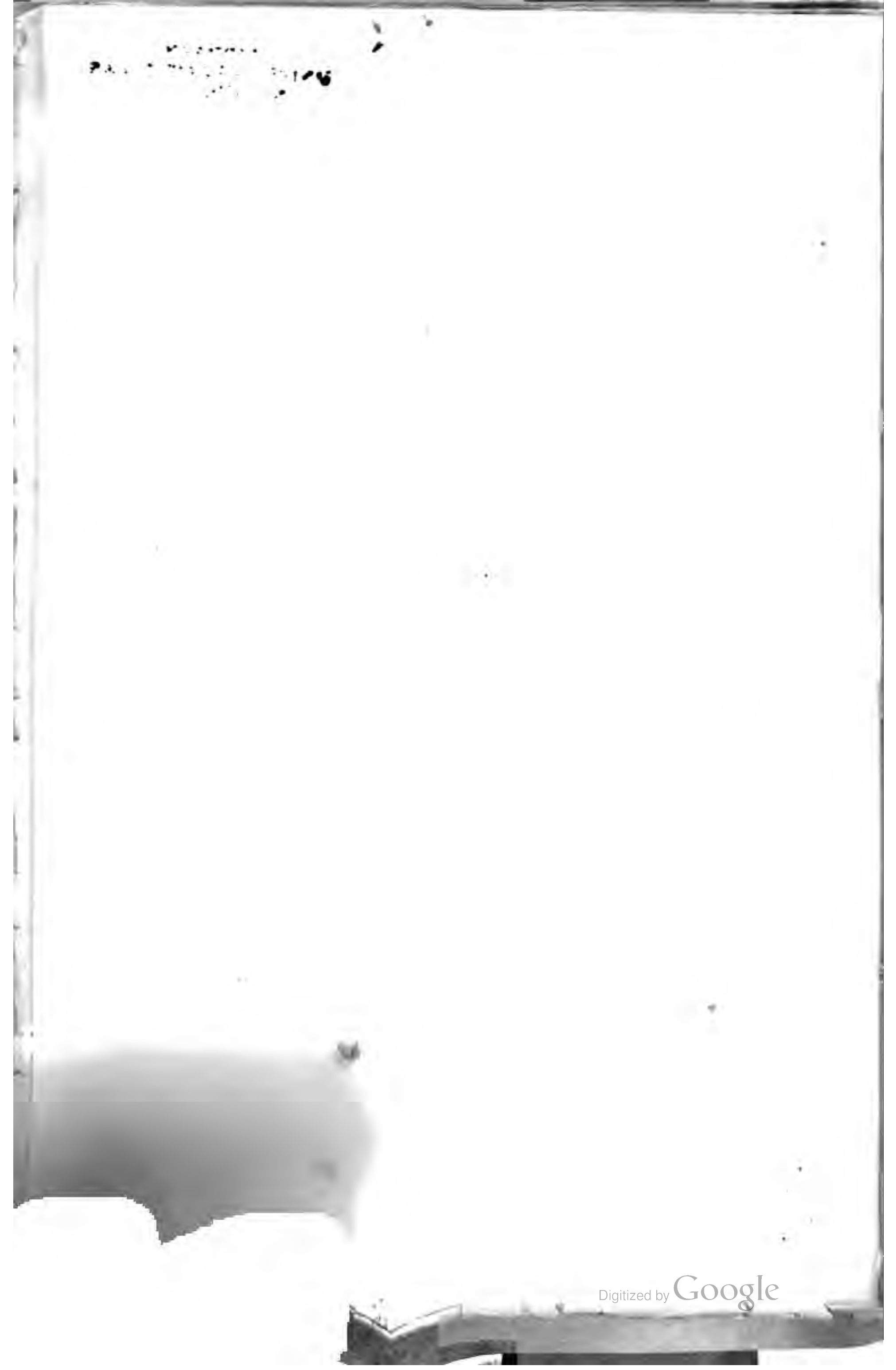
POR

GUSTAVO VALLEDOR SANCHEZ



SANTIAGO DE CHILE
Imprenta de Enrique Blanchard-Chessi

1907





A Enrique Matta Vial

Quiero el aire aromado de las frescas campiñas;
dormir como en mi infancia bajo las grandes viñas
de la apartada hacienda, donde el rumor inquieto
de la ciudad no llega, donde pasa en secreto
humilde la existencia como la débil caña
que crece junto al río ó al pié de la montaña.
Como un viejo filósofo, quiero aspirar la calma
de los serenos días.....Que llegue hasta mi alma
la excelsa poesía con apacible vuelo,
sin que perturbe nada la majestad del cielo!
Voy á cantar los castos y homérides candores
de una sencilla joven, voy á coger las flores
que crecen silenciosas junto al agreste nido
y al pié de las cabañas, donde habita el olvido......



I

En un estrecho valle, que riega el Aconcagua,
hoy bosques de verdura, do crecen la patagua
y el maitén, donde el peumo va á enlazar su ramaje
con el agreste boldo ó el belloto salvaje...
en un rincón oculto de aquel lugar tranquilo
se alza una vieja casa, de colonial estilo,
con bajos corredores de arquitectura pobre,
de tallados macizos y de rejas de cobre...
Con sus anchas ventanas y sus enormes puertas
á la hora del crepúsculo cerradas y desiertas,
aquella vieja casa conserva aún el misterio,
la humilde poesía de antiguo monasterio.
Al frente hay una iglesia, cuyo alto campanario
eleva pensativo su torreón solitario,
donde los campesinos con respeto profundo,
miran á estraños duendes bajando de otro mundo.
Es glorioso vestigio de colonial morada,
de nobles mayorazgos, que añeja y descuidada
aún conserva latente de esos tiempos lejanos
recuerdos misteriosos y sombríos arcanos.

Era don Lope, el dueño de aquella finca, un hombre
lleno de los resabios de la Colonia. El nombre

de Guzmán, heredado de señorial nobleza,
despertaba en su alma recuerdos de grandeza.
De carácter benévolo, de corazón benigno
se inflaba con sus títulos, tan estirado y digno,
que en cuanto se tocaban los nombres de Castilla
alzaba alta su frente «sin tacha y sin mancilla».
Don Lope era poeta, de esos poetas de antes,
admiradores pulcros del siglo de Cervantes,
que vivia hacia años en su apartada estancia
soñando de los campos en «la ideal fragancia».
Sólo le acompañaban una ya vieja hermana,
doña Praxedes—resto de aquella rama noble
sostén de las Españas, erguida como el roble—
y una pequeña niña, Julieta, que en la cuna
le dejara su esposa por única fortuna......
Era un estraño tipo de rústica belleza,
educada en un medio de colonial pereza,
viviendo á sus doce años ignorante é inculta
como las selvas vírgenes, donde pasaba oculta
bajo los verdes árboles, al pie de los manzanos,
arrancando la fruta con sus débiles manos.

En la tarde, á la hora que la oración comienza
y que un silencio místico surge en la calma inmensa
del campo, cuando entona su aguda melopea
el grillo, y la campana se escucha de la aldea,
cuando las sombras bajan de las altas montañas,
y se encienden fogatas al pié de las cabañas,
en la vetusta casa de bajos corredores
llenos de enredaderas y de fragantes flores,
se reunian juntos á rezar el rosario
el cura, los vecinos y el noble propietario.

Despues de terminados los rezos de costumbre,
se iluminaba el tosco comedor, y á la lumbre
de una estufa sentábanse solemnes y estirados
—cual si fueran de un cuadro de Rembrandt arrancados—
Servíase en las jícaras de plata el chocolate
(bebida inevitable de todo gran magnate)
y mientras se batia la espuma deliciosa
ellos....se deleitaban en ensueños de rosa....
mirando de la araña las titilantes luces
muriendo entre las santas reliquias y las cruces....
Poco á poco empezaba la charla—era una fresca
charla de buena gente, sencilla y pintorezca.—
Al lado de la estufa, ya enmohecida y vieja,
don Cipriano Mondaca contaba su conseja..
Era de su familia una curiosa historia
que talvez desde niño sabia de memoria....
Don Felipe de Leiva, gran narrador prolijo,
contaba las fazañas del Bachiller, su hijo:
Ya lo verán, decia con entusiasmo, al mozo
hablando en la Audiencia como un Doctor famoso.
Ya lo verán». I entónces sus ojos entornaba,
allí en donde Julieta como visión pasaba....
Después de media hora, fatídicos bostezos
anunciaban la hora de los postreros rezos;
el cura recitaba con voz de letanía
algunos Pater—Noster y alguna Ave María......
Despues todos marchaban, orgullosos señores,
en el silencio augusto de aquellos corredores.

Solo turbaba el grave concilio de las cenas
la pequeña Julieta con su bullicio. Apenas
penetraba en la sala, una alegría pura
iluminaba el rostro del bondadoso cura.

Se le veia entonces con fraternal cariño
tomarla entre sus brazos, ó ansioso como un niño,
correr hasta alcanzarla llenándola de besos,
mientras ella imitaba sus cantos y sus rezos.
A veces le decia: «Salvaje pequeñuela,
con tus hermosos ojos, brillantes de gacela
¿qué vas á ser mas tarde? Puesto que nada sabes,
¿quieres ser ignorante, libre como las aves?
¡Ya es tiempo de que estudies y dejes la pereza!»
Ella escondia entonces su virginal cabeza
en las manos, y hacíale mil gestos con la boca,
mientras él repetia:—«Vamos, no seas loca!»

Al comenzar de ese año la nueva primavera,
Julieta ya cumplia trece años. Se creyera
ver una ninfa agreste, hija de las montañas,
con sus cabellos largos y sus negras pestañas.
Un gran fulgor de vida despedian sus ojos,
y al sonreir, su sangre se agolpaba con rojos
tintes en las mejillas. Su espíritu aún salvaje
huia de los libros, y en infantil lenguaje
decíale al buen cura que todos sus latines
le hacian el efecto de «rezos de maitines».
Y era de ver entonces al tranquilo *Vicario*,
como ella le llamaba, cerrando su breviario
con aire de reproche, fingir una mirada
de cólera, y al verla, quedar sin decir nada....
Rápida y bulliciosa subia al campanario,
ó en las horas solemnes penetraba al santuario,
interrumpiendo al cura con sus sonoras risas,
cuando éste al sacrificio marchaba de las misas.
No habia, ciertamente, en toda la campiña
ninguna mas salvaje que la pequeña niña.

Gustábale en el dia vagar por la espesura
del bosque, y en la tarde, cuando la sombra obscura
el caserón cubria, mirar allá en los cerros
el paso de los duendes al aullar los perros.......

En las desiertas noches mientras soplaba el viento
del río en la ribera, y en dulce enervamiento
las cañas se mecian y los tristes saüces,
de las altas estrellas á las lejanas luces,
el caserón antiguo, iluminado á trechos
con lámparas de aceite pendiente de los techos,
parecía un ensueño de tiempos coloniales
evocando el pasado con sus tristes anales.
Entonces, solitarios, allí en los corredores.
sentábanse don Lope y el cura entre las flores
Al susurrar del viento de la apartada hacienda,
don Lope refería la tétrica leyenda.
¡Cómo amaba el anciano aquel buen tiempo suyo
de estrambóticos gustos, de majestuoso orgullo,
soñando en el pasado con sus largos capítulos,
empolvados marqueses y polvorientos títulos!
¡La Colonia! Qué estraño era ese tiempo inerte,
en que se respiraba la estagnación, la muerte!
Señores adornados con capa y con golillas
llevando hasta los tronos sus cómicas rencillas
por obtener la gracia del rey ó de un pariente:
única ambición séria de aquella noble gente!
Por esos conventuales y fríos corredores
pasaron en un tiempo ridículos señores,
con aires altaneros y despreciando á todos,
y damas aristócratas, con afectados modos......
¿Todo eso iba á estinguirse, quizás?....Ideas grandes
de libertad cruzaban la cumbre de los Andes,
que en el silencio augusto de aquellas soledades
llegaban como un eco de horror de las ciudades....

como estudiante loco, valiente, enamorado........
Ello es que de improviso volvió la espalda al mundo
y se entregó á su ensueño, de devoción, profundo......
Ya hacía largo tiempo que en la infinita calma
de aquella mansión rústica se alimentaba su alma.
Según su frase típica se había allí dormido
«como avecilla errante que ha encontrado su nido».
Entre doña Praxedes, don Lope y la pequeña,
pasaba su existencia silenciosa y risueña:
Julieta era su ídolo. Juzgaba sus caprichos
como infantiles gracias; reía de sus *dichos*,
y solo al ver á ésta vibrante en su locura
abandonar los libros......se entristecía el cura......

Por la mañana......apenas terminaba la misa,
el breviario en la mano, se le veía aprisa
marchando con la niña......pero ¡ai! de sus consejos
ella rápida huía para esconderse lejos......
Bajo los grandes árboles seguíala el buen cura,
el hábito empolvado, del bosque en la espesura;
y cuando regresaba con rostro serio y grave
sentía á sus espaldas como un gorjéo de ave.....
era la pequeñuela burlándose á su gusto
al verlo pensativo, con el semblante adusto...
Si él la reñía entonces, si le mostraba enojos,
llenábanse de lágrimas atónitos sus ojos;
y él comprendía al verla que el alma de la niña
era honda y misteriosa cual la agreste campiña....





II

Ciertos días del año solamente salía
la colonial morada de su monotonía.
Era en las grandes fiestas de los días de antaño,
cuando se celebraba el solemne cumple-año
del dueño de la hacienda. Al llegar la mañana,
el toque se sentía vibrar de la campana,
como un alegre coro de notas argentinas
que el sueño sacudían de las pesadas ruinas....
Era como una brisa de esplendor. Las arañas
huían, olvidando sus sucias telarañas,
desparecía el moho de las armas de bronces,
y hasta el escudo heráldico de los Guzmán, entonces
brillaba como el oro. Sobre la cruz de piedra
caían las cortinas de la opulenta hiedra.

En grupos pintorescos, alegres campesinos
llegaban de los pueblos y los *fundos* vecinos,
jinetes á caballo con arreos de *huasos*,
mantas multicolores, con espuelas y lazos.
Los indios descendían de lejanas montañas,
y con ellos los *pífanos*, con sus flautas de cañas,
los pífanos indígenas, que danzaban al ruído
del monótono canto de un ritmo ya perdido......

También lindas y frescas con adornos de cintas
y vistosos pañuelos de deslumbrantes tintas,
las hijas de la aldea, sencillas y graciosas,
traían como ofrendas ramilletes de rosas......
Don Lope recibíales con majestuoso porte,
(cual un rey de la Arcadia recibiera en su corte)
pensando el orgulloso señor que eran acaso
pastores redivivos del vate Garcilaso,
y entonces insinuaba la pintoresca idea
de organizar entre ellos la fiesta de la aldea.

¡Ah! necesitaríase el genio de un artista
cual Goya, ó de Pradilla la nota colorista,
para pintar de entonces las célebres usanzas,
el ritmo cadencioso de las festivas danzas!
Con sus amplios vestidos de *percal*, las abuelas
bajo los emparrados *punteaban* sus *vihuelas*,
mientras que ruborosas las aldeanas niñas
pasaban con su aroma de flor de las campiñas.
Sólo cuando la fiesta se animaba, y el canto
de la *cueca* infundía su misterioso encanto
bailar se las veía con cómico donaire......
y un fuerte olor de albahaca dejaban en el aire.
¡Eran las descendientes de *chulas* y de majas,
de esas que danzan llenas de amuletos y alhajas....!

Pasemos en silencio, lector, por esta fiesta
bajo el sol esplendente de la tibia floresta;
pasemos... que ya llegan los señores de *haciendas*
con vistosos cortejos, como en carnestolendas.
Soberbios y estirados, con aire de grandeza,
llegaban arrastrados en pesada caleza,
por indios y mulatos—el séquito selecto

de aquellos reyezuelos de señorial aspecto—
Todos lucir querian sus pretendidos fueros:
hijodalgos de nobles y grandes caballeros,
y vestidos con capas y cuellos de golilla,
movíanse estirando la fina zapatilla.

Las damas escotadas mostraban sus hechizos
bajo el velo que encubre los perfumados rizos.
En sus grandes peinados de días de etiqueta
lucían la magnífica, diamantina peineta,
y mientras descendían lentamente del coche
dejaban ver la liga con el dorado broche:
las viejas con pesados miriñaques, las niñas
con faldas *parisienses* cayendo en las basquiñas.
Vestido á la española con el soberbio traje
de terciopelo, y oro ribeteado de encaje,
don Lope majestuoso paseábase aquel día
como una sombra errante de augusta monarquía.
Era de ver entonces la fina ceremonia
con que él los recibía, marqués de la colonia;
los grandes cumplimientos, y los regios honores
con que se saludaban señoras y señores.
Después de los cumplidos, en el lujoso estrado,
las damas se sentaban calladamente á un lado,
descorriendo con arte la estremidad del velo,
sobre suaves cojines de seda y terciopelo.
Veíanse en las mesas extraños candelabros,
de bronce con figuras y relieves macabros,
que acusaban el arte de itálicos orfebres,
y tras de los jarrones importados de Sevres
se alzaba el mueble clásico de las grandes vigilias,
—heredado tan sólo por las nobles familias—
el gran piano incrustado de nácar y de oro,

durmiendo entre cortinas como un real tesoro.
Cuando sonar se oía la misteriosa clave
llenábase el espacio de una armonía suave,
y danzar parecían fantásticas visiones
en el dorado polvo de esos mudos salones.
Bailábanse las danzas festivas españolas
y el fandango, arrastrando las satinadas colas
con aire aristocrático, esas marquesas de antes,
marquesas provincianas, devotas é ignorantes.
Danzaban, i en los finos escarpines de seda
donde el dorado broche de la hebilla se enreda
dejaban, levantando suavemente la ropa,
ver los finos encajes i las medias de Europa.
¡Con qué gracioso garbo, con qué gentil salero,
seguían los caprichos del májico bolero,
esas damas copiadas de cortes españolas,
que en vano ¡ai! ocultaban sus tipos de manolas!
Los ojos chispeantes de pasión y esperanzas
seguían vehemente los ritmos de las danzas,
y en el abierto escote donde una flor dormía,
el seno emocionado, palpitar se sentía.
No eran las finas modas de la moderna Francia,
con el suave perfume de esquisita elegancia,
sino remedos vanos de españoles marqueses
de afectadas maneras y modales corteses.

Entre ellos descollaba garboso el estudiante,
Felipillo de Leiva, el Bachiller pedante,
que era de aquellas fiestas el ideal completo.
Sabía como nadie bailar el *minueto*
tocar en la guitarra, leer en poesía,
y decirle «*cien frescas*» al lucero del día.
Gustábale á las damas el relamido jóven

que hablaba de sonatas de Bach y de Beethoven,
y algunas que le oían decián por lo bajo
del abanico de oro: ¡»Qué apuesto es y qué majo!»

Nunca en aquellas viejas y empolvadas paredes
reinó más alegría. Jamás doña Praxedes
se sintió más soberbia, más grande entre los Grandes,
que al verse *remilgada* con encajes de Flandes.
Adornó á la pequeña Julieta, cuya gracia
realzaban los vestidos de la alta aristocracia.
Tenia extraño encanto la soberbia belleza
de la virginal hija de la Naturaleza,
con sus ardientes ojos de sombrías pestañas
llenos de ese misterio del valle y las montañas.
Allí estaba al principio con la cabeza mustia,
el aire vergonzoso de timidez y angustia;
más, cuando en la alegría de la fiesta, Julieta
vió disiparse el frío de la falsa etiqueta,
cuando vió á esos señores llenos de vanidades
y polvos, divirtiéndose como en sus mocedades,
élla se rió cual nunca... Con su gracioso modo
pasaba entre las damas burlándose de todo.
Sus gracias picarescas causaban pesadumbre
á las viejas, esclavas de la antigua costumbre,
que creían que una niña pequeña cual Julieta
debía de ser seria, pacífica y discreta...
¡Cómo rabiar debían las marquesas á solas
cuando élla pisoteaba sus estiradas colas,
y hacía con sus risas perder la ceremonia
de algun marqués solícito de la real colonia!

Despues de aquellas frescas y graciosas escenas,
abrióse el refectorio de las sabrosas cenas,

los altos candelabros y lámparas de aceite
lanzaron sus reflejos invitando al deleite.
No era el comedor frío de los eternos rezos
donde entraba el buen cura dando grandes bostezos,
sino el gran refectorio de un viejo monasterio
donde de la alegría sentíase el imperio.
Salió de los rincones de un tosco escaparate,
con sus plateados brazos, el lejendario mate,
que en las solemnes horas circulara por turno
entre los visitantes del sarao nocturno.
En aquel refectorio, antes sombrío y sério,
brotaban las sonrisas con su dulce misterio:
volaban insinuantes las frases picarescas,
los chistes atrevidos, las espresiones *frescas*
que hacían á las damas sonreir maliciosas,
detras del abanico de plumas voluptuosas.
Con las doradas copas de la espumante *chicha*
mostraban en sus ojos inestinguible dicha,
tornándose atrevidos con sus ridiculeses,
los antes estirados i severos marqueses.

Dando á la fantasía su inagotable curso,
Felipillo de Leiva dió comienzo á un discurso,
en que á lucir salían los dorados emblemas
de los nobles Guzmanes con sus glorias supremas.
Era una pieza digna de los tiempos pasados
con trozos oratorios de Cicerón tomados,
haciendo que las damas suspirasen mui quedas
tras de los abanicos de plumas y de sedas.
Hizo después don Lope con términos magníficos
elogios de los Leiva, marqueses honoríficos,
y á cada frase todos inclinaban la frente

ante esa inmensa gloria.... descendiendo al presente.
Mientras don Lope hablaba como orador poeta
Felipillo acechaba los ojos de Julieta,
que sin oir los graves discursos, parecía
vagar en los ensueños de extraña fantasía......
Y siguieron los bríndis también de don Cipriano,
y en fin de don Felipe, que al humo de un habano
habló de que algun día vería sin afanes
en íntimos consorcios á Leivas y Guzmanes.
Cuando cesó la fiesta, como á la media noche,
rodaron las calezas, y al rededor del coche
los pífanos venidos de las altas montañas
formaron un concierto con sus flautas de cañas,
con danzas y con cantos de un ritmo tan extraño
como jamás se oyera desde tiempo de antaño.
Después reinó el silencio de un viejo monasterio,
volvió á envolver la casa majestuoso misterio;
las ánimas errantes se hundieron en el cauce
del río, entre las ramas de algun doliente sauce.
Julieta, taciturna, siguió allá en lontananza
las últimas visiones de la colonial danza:
como un ensueño májico que se perdía lejos
y que ¡ai! no volvería sobre esos muros viejos.





III

Aquella vieja estancia tenía sus leyendas
Allí no había bosques, allí no había sendas
que no fueran el teatro de novelas extrañas:
el viento de la noche, silbando entre las cañas
del río, el valle oscuro como una catacumba,
hacían ver al pueblo visiones de ultra–tumba.
Ya era el ánima en pena de algun antiguo dueño
del fundo, despertando de su profundo sueño
para errar de la iglesia tras la sombría reja,
ó brujas que danzaban frente á la casa vieja.

En las noches de Otoño, sombrío y solitario
se alzaba como escueta figura el campanario,
y á veces la campana doblaba lentamente
llenando de temores á la sencilla gente.
Y allí en esos sombríos y helados corredores
visiones desfilaban, duendes aterradores
que se hundían cual sombras, misteriosas y escuálidas
entre las viejas lámparas, en las penumbras pálidas...
En el estrado antiguo, con su ya débil mano
la anciana recorría las teclas del gran piano;
era el recuerdo acaso de una lejana fiesta,

de sus primeros años en la estival floresta......
Al murmullo dulcísimo de aquellas melodías
volaban los enjambres de ensueños de otros días.
Era el renacimiento de tiempos más risueños
de las primeras flores, de los primeros sueños.
Mientras ella tocaba, las lámparas á trechos
lanzaban sus fulgores sobre los grises techos,
y oíanse á lo lejos conversaciones vagas,
extraños aquelarres de brujas y de magas......
Lejos, roncaba el río con su sordo murmullo,
mezclándose á los vientos de gemidor arrullo,
mientras allá en las faldas de los desnudos cerros
gruñían y aullaban tristemente los perros.

Era en aquellas noches cuando Julieta llena
de amargas inquietudes, como *un ánima* en pena,
pasaba solitaria. Su espíritu fantástico
huía del silencio del caserón monástico.
Sus risas no encontraban un eco, ninguna alma
que vibrara al unísono.—Era una hermosa palma
que creciera en la falda de una montaña oculta
con sus hojas espléndidas, nostálgica e inculta,

«*¡Miserabilis puella!*» esclamaba el buen cura
pensando de la jóven en la infantil locura,
mientras que recorría con aire funerario,
los bajos corredores, leyendo su breviario......
Pasaba silencioso frente á don Lope, y luego
murmuraba entre dientes la imprecación: «*Quos ego...*»

Asustado, una noche, de verle así sombrío,

—«Señor, díjole el noble ¿porqué ese amargo hastío?
¿Qué tiene Ud.?»—Con suave, con dulce mansedumbre
acercóse el presbítero, y atizando la lumbre
de la encendida estufa, exclamó suspirando:
—«Pienso, señor don Lope, que el tiempo pasa. ¿Cuándo
quiere Ud. que la niña su educacion comience?
Nulla lux sine literis. Ya es tiempo de que piense...
¿Qué quiere Ud. que aprenda por esos campos sola
rodando así, inconsciente......como en el mar la ola?
Piénselo Ud., don Lope......»

Con aire soñoliento
escuchóle el hidalgo. Tan nuevo pensamiento
venía á sorprenderle, tomando su figura
el exótico aspecto de una antigua escultura.
Jamás había pensado en enseñar á su hija
sino el rezo y la música. ¿A qué esa idea fija
de instruir á una muchacha, y hacerla de este modo
capaz de comprenderlo y ambicionarlo todo?

Y así dijo al presbítero con aire de estrañeza:
—«Señor, si es su maestro la gran Naturaleza
¿que quereis que ella estudie? La ciencia es la desgracia!
Dejadla, señor cura, dejadla con su gracia,
que en estos puros valles pacífica discurra,
que no reciba angustias y que jamás se aburra».

No esperaba el presbítero tan singular respuesta;
más, sin salir un punto de su actitud modesta,
sin que un sólo reproche naciera de sus labios,
le replicó:—«No piensan, señor, así, los sabios......

La vida de los campos tendrá sus atractivos
para espíritus grandes y séres reflexivos;
pero una niña jóven, señor, es otra cosa......
¿Cómo podrá algún día ser una digna esposa?
¿Cómo podrá más tarde vivir entre otros séres
si ella no sabe nada......si ignora sus deberes?»

Don Lope le escuchaba soñando en un idilio,
con los pastores cándidos del poeta Virgilio,
y hablaba de los valles de mística dulzura:
—«¡Que ella sea dichosa por siempre señor cura!»
Luego quedó en silencio largo rato escuchando
los murmullos del viento, de aquel «céfiro blando,
amante compañero de la enlutada noche»,
y el cura al contemplarle, como único reproche,
como única ironía á tan estraña idea:
«*Oh Titire tu patulæ*...! repetía ¡así sea!
Finis coronat opus». Hasta que al fin de fines
venció el digno vicario con sus doctos latines.

En medio de éstos diálogos, Julieta aparecía
cantando. Bulliciosa y alegre recorría
como visión fantástica los vastos corredores,
dejándo en el ambiente su perfume de flores...

....

Y así en estos discursos transcurrían las horas
de las noches de invierno, lentas y abrumadoras.
Después de los nocturnos coloquios y los rezos,
sentábase el Vicario dando grandes bostezos;
y miéntras que don Lope le hablaba de sus títulos
el buen señor presbítero leía los capítulos

de su breviario. Sólo al comenzar la cena
el rostro de don Lope tomaba una serena
espresión de consuelo; la estufa se encendía,
y el chocolate entonces humeante se servía.
Después de santiguarse (deberes de cristianos).
el cura y el hidalgo, como buenos hermanos,
sorbo á sorbo aspiraban el néctar delicioso
que dá ensueños alegres y convida al reposo.
Junto á ellos ocupaba su asiento de costumbre
la anciana venerable. Vigilaba la lumbre
y con un aire docto, con modos regañones
enseñaba á Julieta mil prácticas lecciones.

Otras veces el cura, para alegrar la cena,
contaba de otros días alguna historia amena
que él había sacado de perdidos anales,
de archivos misteriosos de tiempos coloniales.
Julieta le observaba con el semblante atento:
sentíase dichosa cuando escuchaba un cuento!
Esta era su constante pasión; la fantasía,
lo romanesco, en su alma de niña aparecía
como el perfume tibio de una flor entreabierta
que al descubrir sus pétalos á la vida despierta.
Sus ojos se encendían, y con placer intenso
seguía las visiones por ese mundo inmenso
de la ilusión...Mirábala muy sorprendido el cura
al verla allí tranquila sin su habitual locura.
¡Como había cambiado desde ayer! Fina, esbelta,
con su tostado rostro, su cabellera suelta,
se había transformado ya en una adolescente
cuyos ojos tenían una espresión ardiente.
Su figura de vírgen pura y aristocrática
adquiría una gracia suprema, cuando estática

escuchaba los cuentos del apacible cura,
y una espresión de angustia realzaba su hermosura.

¡Pobre niña! en el medio de aquellas soledades
tenía de esos valles las hondas vaguedades.
Guiada en su capricho por la naturaleza
tenía inmensas ansias y súbitas tristezas.....
A veces no sabía porqué, pero una extraña
inquietud la llevaba del río á la montaña,
y luego coronada de flores descendía
corriendo por las márgenes, triunfante de alegría.
Era una sensitiva. La amaban en la aldea
porque, siempre llevada de generosa idea,
iba á ofrendar regalos á los niños pequeños,
que al verla la rodeaban, ansiosos y risueños....
Otras veces, muy hosca, pasaba varios días
llena de amargas penas, hondas melancolías,
quedaba largo tiempo con sombríos enojos....
y á veces se llenaban de lágrimas sus ojos:
¡Era porque su espíritu sentía ya el misterio
del ensueño que pasa con tiránico imperio....!

IV

Mas allá de la casa, cabe la viña verde
donde bajo sus ramas el cielo azul se pierde,
—lugar donde el hidalgo iba á dormir su siesta
en los grandes calores de los días de fiesta—
sentábase en las tardes Julieta y el *Vicario*
le daba sus lecciones. Colgaba su breviario
del tronco de algún árbol y con unción divina

le enseñaba los dogmas de la santa doctrina.
Á veces se acercaba don Lope, y con su encono
por enseñanzas nuevas, con dogmático tono,
recitaba los trozos de sus viejas lecturas,
recuerdos de las clásicas, muertas literaturas...
¿No era mejor que todo, se preguntaba, acaso
el enseñarles versos de León y Garcilaso?

Indócil la discípula oía sus lecciones
absorbido su espíritu en hondas distracciones.
Sorprendíala á veces el maestro, tranquila
mirando allá muy lejos... con la suave pupila
llena de arrobamiento, como en un dulce sueño,
y entonces arrugando severamente el ceño
solía él retirarse, marchando paso á paso
con los ojos sombríos, el libro bajo el brazo.

Ella amaba esas viñas tan llenas de misterio,
soportando con pena su corto cautiverio.
Desde el banco de césped, veía el horizonte
agreste, terminando por un oscuro monte;
y mientras el buen cura razonaba despacio,
garzas y avecacinas llenaban el espacio.
Á veces descendían en el mismo paraje
las garzas en bandadas con su níveo plumaje;
y en el vecino arroyo cortaban las espumas,
hundiéndose y formando como un lecho de plumas...
Después desparecían por el sinuoso cauce
del río, entre las ramas de algún añoso sauce.

Á poco reducíase la enseñanza del cura:

algunos bellos trozos de historia y de lectura,
las cuatro operaciones y reglas de aritmética
y los grandes principios de la cristiana ética.
A élla sólo gustábale repetir de memoria,
los hechos sorprendentes de la sagrada historia,
y los nombres de Sara, de Raquel y de Lía
vagaban en sus labios como una poesía...

Sólo cuando el crepúsculo tendía su gris manto
sobre la tierra, el cura sintiendo el suave encanto
de aquellas tardes pálidas, volvía solitario
leyendo lentamente las hojas del breviario;
y al pisar los umbrales de la mansión monástica
regresar él creía de una tierra fantástica,
donde las blancas garzas se hundían en las linfas
cristalinas del río y entre coros de ninfas......





V

Primavera llegaba con sus fragantes flores,
y el valle se llenaba de múltiples rumores
de doradas abejas y de canoras aves.
Perfumes arrastraban los céfiros süaves
de almendros y duraznos en flor, y el campo lleno
de trigo, saturábase con un olor de heno.

Y vinieron las noches serenas y magníficas
con claridad de luna; las veladas pacíficas
en que á la antigua casa llegaban los vecinos
á rezar en familia los oficios divinos.
Volvió el señor de Leiva, el narrador prolijo,
acompañado siempre del bachiller su hijo,
que hacía reverencias y hondas genuflexiones
al pisar los umbrales de los viejos salones.
Entonces la real cena era una maravilla:
sacábase de un cofre la plateada vajilla
con los áureos cubiertos, que desde tiempos luengos
demostraban riquezas de altivos abolengos.
Aparecía entonces el lejendario *mate*
con su larga *bombilla* (rival del chocolate),
circulando entre todos los huéspedes por turno
—como el arcaico cráter en gentes de coturno—
En las paredes grises y de la mesa en torno,

habían arrayanes y flores como adorno,
y una alegría franca de sanos comensales
reinaba en esas cenas de tiempos coloniales.

Don Lope presidía con cuello de golillas,
calzón corto y calzado de doradas hebillas,
tomando el regio estilo, los modos cortesanos
de un noble, descendiente de los reyes hispanos,
Don Felipe, á su lado, no cerraba los labios
hablando de su hijo, prodigio entre los sabios,
el cual, como azorado, con un pudor extraño
decía: «Si Dios quiere seré Doctor este año».
Para *lucirlo* el padre proponíale artículos
del *Digesto* y *Pandectas*, y con aires ridículos
disertaba el pedante, en ditirambos pródigo,
de las antiguas leyes y del Romano Código.
Siempre que un invitado contaba alguna historia
resultaba el pedante saberla *de memoria*
y refería cuentos sin sal, interminables,
que escuchaban atentos los viejos venerables.
Don Lope le admiraba; doña Praxedes misma
creíalo un prodigio cuyo talento abisma,
y acaso en sus adentros formábase ilusiones
de verlo allí por siempre... con sus genuflexiones.

Más, alguien le miraba con sincero disgusto.
Cuando el pedante hablaba, el presbítero, adusto,
con paso silencioso dejaba el refectorio,
soportar no pudiendo sus aires de Tenorio.
Y quien ¡ai! le tenía sin duda más distancia
era la pobre niña Julieta...En su ignorancia,
pero con un talento natural é intuitivo,
miraba á aquel pedante como á un hombre nocivo.
Este hallábala siempre sombría, zahereña.......

¿Era el presentimiento de la vírgen que sueña?
O era que había oido *sotto voce* una frase
que algún grave misterio de aquél le revelase?
Ello es que al divisarle quedaba pensativa,
inclinándose mustia como una sensitiva,
y cuando él se acercaba con su galantería
contestaba ella apenas la fina cortesía.

En las tardes brillantes de luz, primaverales,
corría la *locuela* por los verdes trigales,
y en el prado cubierto de *yuyos* amarillos.
y de cardos silvestres, bajo de los membrillos,
perseguía jugando las rubias mariposas
de colores jaspeados, de tintas caprichosas.
Cuando sus alas de oro desplegaban al aire
lanzábase tras ellas con gracioso donaire,
—cubierta con fichú de color y blanca veste,
con un cesto en la mano, como una ninfa agreste—

Lejos y recostado sobre el trigal en germen
donde blandas espigas, cual crisálidas duermen,
el cura la miraba con aire de alegría
cuando una mariposa de improviso cogía.
Ella se hundía á veces en los cañaverales
ó en el extenso océano de los verdes trigales,
y con su voz sonora de melodioso timbre
cantaba, al ir llenando la canasta de mimbre.
Y, en tanto ella corría con su pequeña cesta,
el cura soñoliento se entregaba á su siesta.

Entonces se acercaba paso á paso la niña,
cogía las espigas en flor de la campiña,
y al rededor del cuerpo del párroco dormido
las iba colocando lentamente y sin ruído.

Cuando él se despertaba, caían las gavillas
de sus hombros, y frescas corolas amarillas,
cual si imitando el tiempo de Arcádicos pastores
él se hubiera dormido sobre un lecho de flores......

Jugando ella una tarde, con sus alegres risas
que cual gorjeos de aves arrastraban las brisas,
sintió que alguien llegaba. Extraño personaje
de pié la contemplaba, con el airoso traje
del clásico estudiante—relamido y gallardo—
saliendo de las hojas de un espinoso cardo.
Era el bachiller docto, que con paso inesperto
habíase estraviado tras del sombrío huerto,
y al sentir de Julieta las risas de alegría,
creyó que era el momento de una galantería.
Al llegar cerca de ella, ridículo, el pedante,
se acercó con un aire de excusas suplicante,
y tomando en sus dedos una flor, la más bella,
se inclinó hasta sus plantas, para ofrecerla á ella...
La joven indignada se volvió. Y con desprecio
la arrojó sin mirarla sobre el pedante necio!......

Pálido, avergonzado de tanto atrevimiento
sintió el pobre pedante letal remordimiento,
como si de algún crímen fuera culpable reo
pidióle mil perdones por su osado deseo......
Se hubiera arrodillado temblando de ternura,
si en ese mismo instante no apareciera el cura,
que al verle allí humillado, con aire de despecho,
se sonrió murmurando: «Bachiller ¡qué habéis hecho!»
Trémulo, avergonzado por su silencio mismo,
él creyó que á sus plantas se abría un hondo abismo,
y al ver que ella reía de sus torpes sonrojos,
huyó mirando al cura con vengativos ojos.



VI

Cerca de la ribera del rápido Aconcagua
hay partes donde crecen el sauce y la patagua,
donde el hidalgo á veces iba á dormir su siesta
bajo los grandes árboles de la estival floresta.
Allí él se entretenía soñando, en sus pastores
en las lánguidas horas de los grandes calores,
leyendo á los poetas fecundos del Idilio
al débil Garcilaso ó al inmortal Virjilio.
Sólo de cuando en cuando convidaba al buen cura
á fin de discutirle sobre literatura,
y eran muy divertidas esas *disputas* de antes
sobre si era màs clásico Garcilaso ó Cervantes.
—«¡Garcilaso! exclamaba don Lope conmovido
el poeta más grande de otros tiempos ha sido!
Mirad, esa ternura con que hablan sus pastores,
en medio de los prados matizados de flores...»
—«Pues que, decía entonces el digno sacerdote,
¿quien imitar podría las gracias del Quijote?
Tengo yo por seguro que sólo existe el Dante
que pueda compararse con el jenial Cervante»,
Así en estas disputas se acaloraban juntos
tocando emoc ionados tan importantes puntos,
y era siempre la anciana, la que venía entonces
á terminar las riñas con el canasto de *onces*,

Sentados bajo un árbol, en patriarcal reposo,
sacábanse los fiambres y el vino generoso,
y ambos disertadores paladeaban los *mostos*
de Aconcagua, guardados de diez ó doce Agostos.

¡Oh puros, inmortales días de primavera!
¡Oh fiestas en familia de la estival pradera!
Dialécticos sofistas, y peregrinos vates,
que amaban el buen vino y el dulce chocolate,
mirando el ancho cauce del rio allá á lo lejos
como una sierpe de oro del sol á los reflejos!
Julieta divertiáse con esas sabias riñas;
subiáse á un peñasco, corriendo en la campiña,
ó bien, dando al buen cura despedidas corteces,
desparecía en medio de las floridas mieses......

Pero esa paz del campo, su inimitable calma
debía terminarse para Don Lope. Su alma
dormida en el silencio de viejas impresiones
se estremecía al grito de las revoluciones
Ya entonces el horrendo clamor de Independencia
turbaba de los campos la tranquila existencia,
y hacía que el hidalgo lanzara al sacerdote
palabras terroríficas con aires de Quijote.
Porque el heroico noble, llevaba en sus entrañas
atavismos guerreros de inmortales hazañas,
y veía en las tardes espectros vengadores
que él creia la sombra de sus antecesores.

Casi siempre traían noticias á don Lope
los Leiva, con su rejia cabalgata al galope,

—esos señores rígidos cuya antigua nobleza
se apegaba á los tiempos de pasada grandeza.—
Y había entre esos nobles ardientes discusiones,
horribles juramentos y negras maldiciones
para el heroico pueblo que con guerrera zaña
se había revelado contra el poder de España.

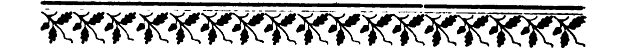
—«Y bien, clamaba entonces don Lope, furibundo,
«ésta será una guerra que hará temblar al mundo!»
—«No tal, decía al punto, don Felipe impasible
«España es muy gloriosa, señor, es invencible.
—«Es claro! argumentábales el Bachiller en Leyes»,
«¿no es de divino orígen el poder de los reyes?
«y luego, hay que ser lógico, hay que buscar el hecho
«que puede ser orígen y fuente del derecho:
«siempre estos pueblos fueron de la corona Ibérica,
«y en esto está fundada la colonial América».
Este último argumento les pareció tan serio
que todos saludaron al español imperio
como inviolable, eterno, de enormes fundamentos
que en vano ¡ai! azotaban los procelosos vientos
Sólo el modesto párroco oía á aquellos sabios
bajando la cabeza sin desplegar sus labios,
y cuando el noble hidalgo le interrogaba, grave
como un sumo pontífice, respondía: «Quién sabe...»

¡Es claro! murmuraba de nuevo el petimetre,
aguzando el ingenio sutil de su *caletre*;
y haciendo á la pequeña cumplidas ceremonias
como un hijo discreto de las reales colonias.
Con los ojos ardientes de emocion y ternura
contemplaba extasiado su soberbia hermosura,

mientras ella, turbada por su arrogancia fátua
apenas le miraba, glacial como una estatua.

Acaso en sus ensueños de preclaros marqueses,
el gran señor de Leiva pensara muchas veces,
en ver al «Doctor juris» con su noble consorte
subiendo á los estrados de la española corte.
Y acaso la hija altiva de los Guzmán, hallåse
en sus cálculos gracia para tan fausto enlace,
porque una de esas tardes, regresando á su fundo,
en medio del crepúsculo misterioso y profundo,
habló al bachiller su hijo, de sus futuras bodas;
y éste olvidando entonces sus cortesanas modas,
arrojóse en los brazos del atónito anciano,
diciéndole que ansiaba de Julieta la mano...
—«Verdad! dijo el de Leiva, con arrogante orgullo,
Bachiller, tú mereces esa flor en capullo..... »





VII

Encendida la estufa, mientras de los tizones
emerjían destellos como iluminaciones,
y á la luz de las lámparas la señora Praxedes
veía cruzar sombras por las grises paredes,
mientras adormeciéndose en un éxtasis grato
hechado junto al fuego, *runrunteaba* el gato,
en el comedor viejo, por la enorme ventana,
la luna penetraba tibiamente. La anciana
rezaba el Pater Noster, y el cura repetía
sus salmos vespertinos como una letanía.

Como vaga armonía de las fuentes cercanas
se sentía el concierto de zapos y de ranas,
y el viento, descendía de lejanas montañas,
entre los *matorrales* de coligües y cañas.

—«Señor, dijo, don Lope, con aire misterioso,
saliendo de improviso de su largo reposo.
¿Sabéis que he visto espectros que rondaban anoche
en torno de mi lecho, pasada media noche?»
—«Espectros! dijo el cura con aspecto risueño,
¿espectros que han bajado durante vuestro sueño?»
—«Talvez, dijo don Lope. No sé si fué soñando,
pero he visto el espectro del gran rey don Fernando,

lívido, ensangrentado, la mano sobre el pecho,
acercarse con modo suplicante á mi lecho,
y decirme: «Don Lope, si el mundo me abandona
¿cómo queréis que sólo sostenga esta corona?»
Y me mostraba entonces con un terror profundo
su corona pesada como si fuera un mundo......
Daba compasión verle con aire de tristeza
mirando de sus pueblos la perdida grandeza......,
monarca destronado, soberano de reyes
gimiendo bajo el peso de las humanas leyes!!»
—«¿Y qué hicísteis al verlo, señor?» exclamó el cura,
oyendo de don Lope la singular locura.
—«Pues...me arrojé a sus plantas,i en su cruel abandono
le prometí mi vida para salvar su trono!»
—«¿Creéis, continuó el noble, que los sueños revelan
el porvenir? Que es cierto que á media noche vuelan
espíritus sutiles del mundo del misterio?»
Esta grave pregunta dejó al párroco serio.
¿No era entrar en el campo de las supersticiones,
en el mundo vedado de ensueños é ilusiones?
No eran verdad los libros de los antiguos días
que hablaban de videntes y ciertas profecías?
¡Grave cuestion!.... En tanto meditaba el Vicario,
don Lope contemplaba con rostro funerario
en las grises paredes los reflejos macabros
que lanzaban los altos, grotescos candelabros......
Fuera roncaba el viento como huracán bravío
en los cañaverales y coligües del río......

Entonces, la graciosa Julieta de su asiento
se levantó: en sus ojos brillaba un pensamiento
—«Yo he visto, exclamó, he visto muchas apariciones
en las noches; he oido sus májicas canciones......
Aquí cerca, bien cerca las he sentido á ellas

pasar entre las sombras, brillando como estrellas...»
—«Calla! exclamó la anciana con aire horrorizado,
hoy nadie cree en eso, son cosas del pasado!
De lo que has visto en sueños, tienes ideas vagas:
son tus apariciones de duendes i de magas!»
—«Bah! murmuró la niña, sin oir los enojos
de la anciana, «es bien cierto, lo he visto con mis ojos!»

Quedó el santo presbítero pensativo un momento,
y vió pasar entonces, cual raudo pensamiento,
recuerdos de *visiones* de que hablaba la niña.
¿Acaso en el silencio de la apartada viña,
en esa casa llena de penumbras y ensueños
no vagaría el alma de los antiguos dueños?......
—«Cierto, dijo, bajando sus oscuras pupilas,
que ya no hay Pitonisas ni sagradas Sibilas,
más...... ¿quién decir podría cuando los sueños caen
si de lejanos mundos algun recuerdo traen?»

—«¿No creéis que es preciso, continuó el buen anciano
que yo acate la orden del rey, mi soberano.
¿Será acaso prudente que el desenlace aguarde?
¡Nunca un Guzmán ha sido remiso ni cobarde!»
Luego habló largo tiempo con férvido entusiasmo
de sus heroicos padres, y tuvo un cruel sarcasmo
para los hijos pródigos de la real matrona,
que ahora despreciaban su cetro y su corona».

Con su aire bondadoso lo escuchaba el buen cura
sintiendo por don Lope compasión y ternura
pero en su claro espíritu, vislumbraba que un día
la orgullosa colonia por fin se extinguiría.
No imaginaba entonces por qué callados medios
los tiempos traerían benéficos remedios,
y al mirar de don Lope la bizarra apostura

sonrióse el buen presbítero de su extraña locura.
Sí, en esos corredores agrietados y oscuros,
en esos bajos techos y silenciosos muros,
vivía allí el pasado con su alma solitaria,
su estagnación profunda, su mística plegaria.
Representante clásico de las viejas familias
don Lope consagraba su esfuerzo y sus vigilias,
á leer en pergaminos de dorados capítulos
las reales concesiones y los añejos títulos.
Se había detenido su espíritu estagnado
cual marmórea cariátide del templo del pasado,
mirando un nuevo siglo nacer, con el encono
de un monarca que viera vacilante su trono.

Esto veía el cura con claridad profética
en tanto que el hidalgo seguía en su patética
lamentación diciendo: —«¿Do está la antigua gente,
y el humilde vasallo celoso y reverente?»
Ha muerto la justicia, y en no lejano día
sobre esta tierra hispana caerá la anarquía...»
Calmábale el Vicario con palabras tranquilas;
más viendo de don Lope centellear las pupilas,
contentábase sólo con levantar las manos
y exclamar:—«Resignémonos como buenos cristianos!»

Después, mientras bebía su nectar delicioso,
y se llenaba su alma de celestial reposo,
el cura persignábase con devoción, y luego
quedaba adormecido como en divino ruego.
Don Lope hablaba entonces «de bélica esperanza,
de volar al combate, de sangre y de venganza»;
y así lleno de ira, con la pupila roja,
exclamaba oprimido por intensa congoja,
al mirar á Julieta tan delicada y bella
a sus diez y seis años:— «Señor, que vá á ser de ella!»



VIII

Las tardes estivales se deslizaban llenas
de la calma del campo, purísimas, serenas;
el canto de los grillos de notas melancólicas
mezclábase al arrullo de las harpas eólicas,
y los tristes espectros—las visiones de invierno—
no salían ya ahora de su reposo eterno;
don Lope como esfinge, miraba los reflejos
del sol, languideciendo sobre esos muros viejos,
el cura, arrodillándose rezaba su rosario,
mientras razgaba el aire del alto campanario
el «Angelus», vibrante como una melodía
llena de pensamientos y de melancolía.
Sólo Julieta indócil, al toque de oraciones,
huía de los rezos y las meditaciones,
prefiriendo quedarse silenciosa y oculta
bajo los grandes árboles de la pradera inculta.

Ella buscaba ansiosa del bosque la espesura,
para entregarse á solas á su grata lectura.
Un día, entre mugrientas y polvorosas telas

encontré viejos libros, fantásticas novelas,
que en los pasados días algún huesped extraño
dejara allí olvidadas, desde tiempos de antaño.
Curiosa, ella leía las soñadas leyendas,
huyendo del presbítero por escondidas sendas.

¡Oh! los dulces ensueños de diez y seis abriles
en que el alma, sedienta de anhelos juveniles,
ve pasar en las hojas de la pradera muda
la maga cariñosa que os ríe y que os saluda...!
En que todo parece desbordar de ternura,
en que abre sus misterios ocultos la Natura,
y en que un *romance* os llena de lánguido embeleso
sintiendo allí en las sombras como el rumor de un beso...

Investigaba el cura con ansia, hora tras hora,
estas transformaciones de una alma soñadora.
Asediábale á veces una espantosa duda;
y al fin en una noche, al terminar su muda
contemplación, rezado ya el místico rosario
por la arboleda umbría salió el santo vicario.
La noche estaba clara. Misteriosa la luna
salía del oriente, su solitaria cuna,
y el valle ilumínábase con trasparente velo
de claridad muy tenue—como una luz de hielo.

Para alejar los duendes malignos y traviesos,
iba el santo presbítero recitando sus rezos,
y aspirando los gratos perfumes que desprenden
los frutos sazonados que de las ramas penden.
Ni una hoja movíase en la quietud solemne

de la Naturaleza, pero un rumor perenne
—como vago murmullo de armonías extrañas—
venía desde el cauce del río y las montañas.

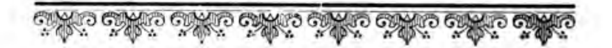
Paso á paso el presbítero se adelantó, en su alma
sintiendo el suave encanto de las noches en calma,
y junto á los parrones, bajo la verde viña,
vió destacarse pálida la forma de la niña.
¡Era ella! Qué capricho, qué misterioso objeto
allí la conducía tan sola y en secreto?
La duda la inquietaba, y se acercó intranquilo,
receloso, ocultándose con callado sigilo...
Y entonces pudo verla, con el libro en las manos,
absorta de esas páginas en los hondos arcanos,
inclinada la frente, con la cabeza mustia
y con los ojos húmedos de emoción y de angustia...
¡Dios mío! Qué gran magia guardaba esa lectura
que así la impresionaba? Temeroso el buen cura
acercóse á las páginas de ese libro maldito,
y se llenó su espíritu de un horror infinito!
¡Era un romance! ¡Cielos! La virgen educada
entre los fríos muros de conventual morada,
sin otras enseñanzas que el rezo y la doctrina,
habíase olvidado de la bondad divina!

Sin encontrar palabras para tan grave ofensa
sintióse confundido de pena y devergüenza,
hasta que en un momento de doloroso trance
destrozó entre sus manos el tentador romance;
mientras ella inconsciente de su propio delito,
le miraba humillada, con el aire contrito;
y así ambos largo rato quedaron silenciosos
bajo los parronales espesos y nudosos:

él, sacudiendo airado su monacal cabeza,
y ella, llena de ensueños, de dolor y tristeza...

Por fin habló el presbítero: «*Miserabilis puella!*
¿ubi est animæ tuæ miraculosa stella?»
Luego con el acento de sus horas de calma
suspiró así exclamando: «Yo he de salvar tu alma!
Desde ahora Julieta, debes seguir mi ejemplo;
asistirás al rezo de la oración y al templo,
y aun quiero que muy pronto ceñido el blanco velo,
en el altar recibas la comunión del cielo.
Toma...», y sacando entonces un medallón muy bello
del pecho, de la niña lo colocó en el cuello......

Todo aceptó Julieta, cogiéndose del brazo
del humilde Vicario, y juntos paso á paso
marcharon por el bosque, soñando en las extrañas
y tenues armonías del río y las montañas.
La luna de Noviembre, con velo diamantino
envolvía á los árboles del agreste camino;
en las floridas ramas se oían los gemidos
de tórtolas amantes en sus ocultos nidos,
y un perfume de espinos y arrayanes del monte
venía con las brisas del fin del horizonte......
Ante esa poesía de la Naturaleza
conmovido el presbítero, inclinó su cabeza...
....
Cuando volvió más tarde de su éxtasis sagrado
se halló sólo......, Julieta ya no estaba á su lado......



IX

Más, la secular casa de las solemnes cenas
tomaba un tono fúnebre. Abrumadoras penas
trastornaban el alma del noble, melancólico,
soñando en las desgracias del monarca católico.
En las noches serenas se acercaba al buen cura,
que pasaba leyendo por la penumbra oscura
é interrumpía á veces sus clásicos latines
para hablarle colérico de «guerreros clarines
y homéricos combates». Agitado y nervioso
ya no hallaba el hidalgo su pastoril reposo
en la «ideal belleza del campo»; y de su lecho
solía levantarse, ajustándose al pecho
polvorienta casaca, y blandiendo la espada
á modo de guerrero, siniestra la mirada.

Así pasó algún tiempo don Lope, hasta que un día
resistir no pudiendo su gran melancolía,
anunció á la familia su decidida empresa.
Al despuntar el alba sacóse la calesa
vestigio del pasado, largo tiempo guardada;
y al despedirse el noble señor de la morada
donde había vivido tantos años en calma

disimular no pudo la honda emoción de su alma.
Sentóse gravemente dentro de la calesa
y apoyó en ambas manos su patriarcal cabeza.
Entonces esos muros misteriosos y mudos
parecieron hacerle fantásticos saludos,
y en la vecina iglesia y el alto campanario
se sintió como un bronco repique funerario .....
Oyólo el buen anciano y agitando el pañuelo
se perdió en el camino bajo el inmenso cielo......





SEGUNDA PARTE

I

La noche buena se viene,
la noche buena se vá,
y nosotros nos iremos
y no volveremos más,
(*Cantos populares*)

Era en el mes del estío, Diciembre. Una mañana
melodiosa tañía del templo la campana
anunciando en los campos inmenso regocijo.
Era la Pascua—mística Natividad del Hijo—
en que se celebraba de los tiempos lejanos
la fiesta cabalística del Dios de los cristianos.

En la sagrada víspera de aquel aniversario—
la alegre noche buena—se rezaba el rosario,
y en íntima confianza, reunida la familia,
se preparaban todos para la Gran Vigilia.
Después del chocolate, en placentero goce,
los viejos trasnochaban, muy tarde, hasta las doce,
bajo los corredores, y entre sabrosas pláticas
contaban los viajeros historias enigmáticas,
de lejanos países, esperando la cena
al son de los cantares de aquella noche buena.

En largas procesiones llegaban los devotos,
que venían en viaje de lugares remotos,
y erraban por las calles limosneros y vagos
con grandes cucuruchos y turbantes de magos.
Había entre ellos gentes de costumbres sencillas
que entraban á la iglesia, contritos, de rodillas,
y ante el altar de oro, los brazos estendidos,
daban lúgubres voces, clamores y aullidos;
y formando del cuadro las notas pintorescas
llegaban las muchachas de las comarcas, frescas,
trayendo bajo el manto sus ramos de verbena,
de albahaca de los ranchos, y de la yerba buena.

La iglesia de la aldea con sus blanqueados muros
y sus pequeños nichos perpetuamente obscuros,
donde las telarañas de innumerables años
cruzábanse en las vigas y rústicos escaños,
brillaba con guirnaldas de rosas y de lirios
en una aurora pálida de inmaculados cirios,
porque en el pobre templo de la antigua colonia
se celebraba entonces solemne ceremonia
en torno de una Virgen milagrosa, de leño,
que hiciera en esos tiempos un artísta quiteño.
Frente á la tosca imágen con suntüosos trajes
y joyas, ataviada, los devotos salvajes
ensayaban sus danzas que el recuerdo traía
de las selvas australes de eterna poesía.
Eran los nobles aucas de tiempos primitivos
con sus rostros tostados, por el sol, pensativos,
soñando en las espesas montañas de su Arauco,
en el mar de sus costas tan proceloso y glauco...

Funámbulos exéntricos, con sus flautas de cañas
formaban un concierto de armonías extrañas
hasta quedar dormidos en neuróticos sueños
al pié de la Madona...como niños pequeños.
Sacábanla del templo con su pedestal de oro
en vértigo infinito, mientras se oía el coro
de rezos cadenciosos, monótonos conciertos,
lánguidos como el ritmo de una marcha de muertos..

Allá en el fondo pálido de una incierta penumbra
donde apenas la llama de los cirios alumbra,
en el recogimiento de una devoción mística
esperaban las núbiles la gran fiesta eucarística.
Con sus velos albísimos, coronadas de azahares
se acercaban temblando de angustia á los altares,
contemplando anhelantes con mirada amorosa
la imágen inefable de Mater Dolorosa.
Con qué candor de infancia, con qué inmensa ternura
descendía sobre ellas la visión noble y pura
coronada de estrellas, con su púdico velo,
en un nimbo de luces desde el azúreo cielo............!

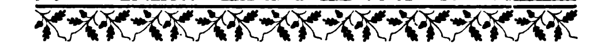
Sonó de pronto el harpa, y alada melodía
se elevó como un canto de amores á María.
En el viejo oratorio, saturado de incienso
la Fé revoloteaba con su misterio inmenso,
trayendo entre sus alas de mística paloma
desde lejanos mundos el virginal aroma.
Julieta aproximóse también. En sus pupilas
ardía el sacro fuego de mágicas Sibilas.
Sintiendo los anhelos de un amor infinito

oraba arrodillada junto al altar bendito.
Cuando llegó la hora triunfal del Sacramento
su alma aspiró del éxtasis divino el sentimiento,
y se sintió elevándose, flotando entre las nubes
en un sueño de gloria, rodeada de querubes......
Coronada de azahares, con su hermosa cabeza
de núbil pensativa, lánguida de tristeza,
ella se adormecía, soñando en esas cosas
que no tienen palabras, lejanas, vaporosas...
y cuando se alejaron las jóvenes del valle
cantando alborozadas y en grupos por la calle,
ella marchó á esconderse por la fértil campiña
como una ninfa agreste bajo la verde viña......

Un dulce sentimiento, como una nueva aurora
irradiando surgía de su alma evocadora,
un encanto purísimo de ternura inefable
que hacía su existencia mas bella y adorable
Cual si Naturaleza la hablara en otro idioma
ormado de armonías, de color y de aroma,
miraba sorprendida la pradera y el monte
cubierto por las brumas allá en el horizonte...
De pronto una voz suave de timbre cariñoso,
le sacó de su dulce y encantado reposo.
Era el Vicario humilde, que bondadoso amigo,
de su nueva existencia quería ser testigo.
El se acercó sentándose sobre la húmeda alfombra
de yerbas, de los viejos parrones á la sombra,
y con el mismo acento de una piadosa *plática*,
hablóle así á la niña que le escuchaba estática:
—Debes ser muy dichosa, Julieta, amiga mía,

pues Dios ha descendido desde su trono hoy día,
y ha penetrado en tu alma, como en tersa laguna
penetra en noches nítidas la claridad de luna».
Luego mostrando el bosque tras de la verde viña
prosiguió:—«Yo te he visto Julieta desde niña
vagando en estos campos de un silencio profundo,
y he pensado que tu alma no era de este mundo......»
Con estos toques líricos habló el sensible cura,
mientras ella extasiada, se hundía en la espesura
de los frescos parrones de ensortijada fronda,
y oía como en sueños su voz vibrante y honda.





II

Despertaba en silencio la aurora. Tintes grises
indefinibles, cuadros de lejanos países
dibujábanse apenas en el confín del cielo.
Música wagneriana, como el callado vuelo
de una hada, en el espacio circulaba, indecisa,
y llegaba el perfume de una ondulante brisa.
Allá en el horizonte, del lado del Oriente,
brilló como un relámpago de luz súbitamente,
y con matices llenos de trasparencia leve
surgió blanca y purísima, la claridad de nieve.

Después el coro mágico de las canoras aves
en flexibles crescendos, de armonías muy suaves,
luego en la alta enramada el vigilante gallo
despertando á las reinas de su imperial serrallo
anunciaron en coro de campestre armonía
que llegaba la aurora magnífica de un día......

De pronto, el sol triunfante como una inmensa [hoguera
iluminó con múltiples sonrisas la pradera,
los lirios entreabrieron sus níveas corolas,
y el rocío aspiraron las rojas amapolas......

Paso á paso, cual bueyes que empiezan sus labores
descendieron del monte los bravos segadores
hundiéndose en la yerbá tupida del potrero.
Marchaban dando golpes, con la hechona de acero,
perdidos en el medio de las espigas blondas
donde formaba el viento sus remolinos y ondas.

El campo poco á poco se convertía en horno.
A cada golpe hercúleo del segador, en torno
se hundían en el campo las espigas de oro,
y á cada nuevo golpe se oía un nuevo coro......
Tras ellos, arrastrando los fastidiosos fardos
de macizas carretas, iban con pasos tardos
los bueyes, encorbados bajo el terrible yugo,
mirando, como estoicos, al hombre, su verdugo...
Marchaban gravemente bajo el azul sereno
infladas las narices por el olor del heno,
y luego atravesaban la candente pradera
conduciendo los haces de espigas á la era;
mientras por intervalos azotaba las cañas
el viento que bajaba de las altas montañas.

Absorto en estos cuadros idílicos, el cura
explicaba á Julieta la ley de la natura,
la manera secreta como el grano se pierde
bajo el angosto surco, hasta que surge verde,
y húmedo, desde el seno de las tierras, que adorna,
y mas tarde en espigas magníficas se torna.
Recitábale cantos de Teócrito y Virgilio
los dos grandes poetas soberbios del idilio.

Así la pobre niña, del cura recibía
una enseñanza sábia, llena de poesía,
y el campo con sus tardes serenas y estivales
llenábala de simples y castos ideales.
Y así fué lentamente despertándose en ella
el amor del paisaje, é imprimiendo su huella
luminosa y profunda la mano del artista
que el alma de las cosas revelaba á su vista

....

Porque aquel buen *abate*, era un artista eximio,
observador atento de lo grande y lo nimio;
en íntima armonía con la naturaleza,
había él escrutado sus fuentes de belleza;
platónico filósofo de aquellas soledades,
pasaba largas horas con sus divinidades.
Cuando había encontrado alguna nota artística
su alma se deleitaba en contemplación mística
tan feliz como un niño...y olvidaba el breviario,
su eterno compañero, su amigo y relicario......

Amaba á su discípula. Admiraba su exacto
sentido de *la estética*, su delicado tacto
para apreciar las cosas y el inefable modo
como lo comprendía y adivinaba todo.
Era ella un armonioso, poético instrumento
cuyas cuerdas vibraban llenas de sentimiento,
y á veces se exaltaban, en forma de delirio,
ante lo mas modesto: una violeta, un lirio......

Ignorando las cosas mas vulgares del mundo
su intuición le servía de un estudio profundo.
Llevaba en su alma virgen la brújula imantada
que le guiaba en medio de una senda olvidada......
¡Cómo las almas puras leen los caractéres!
¡Como saben los íntimos repliegues de los seres!
Así ella sin mas libro que aquel de la natura
con sus inspiraciones, asombraba al buen cura.

A veces sin embargo una inquietud estraña
nacía en su alma pura. La secular montaña
le producía tedio, y en las doradas mieses
se sumergía llena de mustias languideces.
—«No sé por qué, decía, todo se pone triste
para mí. Creo á veces que es sueño cuanto existe,
que hay una sombra fúnebre que en torno me rodea..
y entonces lucho en vano contra esta negra idea.
¿Qué es esto, señor cura?»—Inquieto á esta pregunta,
el cura replicaba con la faz cejijunta
levantando los hombros:

—«A Dios que ha hecho al ave,
al sol y á tí...pregúntalo...Sólo El, sólo El lo sabe!»...
Luego en un tono bíblico, que irradiaba cariño,
con frases hiperbólicas como se habla á un niño,
le refería el cuento de esos sublimes seres,
que el mundo despreciaban, la gloria y los placeres....
Contábale la vida del Redentor cristiano
luchando, excelso mártir, por el linaje humano.
En fin, tentaba el cura, con todo el suave aroma

de sus palabras místicas, á la ideal paloma......
y ambos, asi olvidados, de las cosas vulgares
encumbrados, por cima de mundos estelares,
cruzaban en la bruma del crepúsculo frío,
las arenas y riscos del caudaloso río.. ...



III

Una tarde, sentados en los toscos escaños
llenos de telarañas y polvo de cien años,
el cura y la señora Praxédes, gravemente
meditaban....De ella, la ya arrugada frente
marmórea, coronada por el cabello cano,
pensativa cual nunca, se apoyaba en su mano.
Acaso comparaba la rígida soltera
los tiempos del pasado con los de aquella era:
esos le aparecían con sus soberbias glorias
blasones aristócratas y heráldicas memorias;
estos eran sombríos como el dolor amargo......
Mientras así su espíritu se hundía en el letargo
de las negras visiones, ya en el estrecho valle
perdíanse los últimos rumores de la calle.
Comenzaba el crepúsculo. Las sombras como un velo
siniestro, descendían desde el fondo del cielo,
los perros aullaban y luces misteriosas
surjían como estrellas desde lejanas chozas.

Entonces el presbítero dando grandes bostezos
á leer comenzaba sus vespertinos rezos,

cuando doña Praxedes con tono de disgusto
interrumpió de súbito aquel silencio augusto:
—«Señor, hay algo grave, muy grave que aquí pasa...»
Miró el cura á la noble señora de la casa
y sin comprender nada de sus raros enojos
creyó ver una lágrima surcando por sus ojos.
—«Señora»...Volvió al punto su escuálida figura
la dama, y con un modo de horror y de amargura:
—«Julieta, dijo al párroco, es una pobre niña.
Inútil que la ruegue, en vano que la riña
para que modifique sus hábitos incultos.
Adora los parajes selváticos y ocultos
y huye de mí...Decidme ¿no habría algún remedio?
¿No podría llevársela á otro mas alto medio,
y allí entre los extrados de alguna régia corte
hacerla de algún príncipe la señorial consorte?»
Había en sus palabras tal airè de grandeza
que el presbítero santo inclinó la cabeza
para ocultar la sorna de una fugaz sonrisa:
—«Vamos, señora dijo ¿por qué ir con tanta prisa?
Julieta es una joven que aún el amor ignora,
y el matrimonio es grave sacramento, señora!»

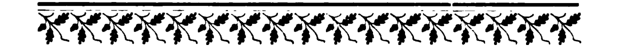
—«¡Cielos!» clamó la dama, después de un largo rato,
ofendida en su púdico y honesto celibato
por las claras razones del párroco...muy claras...
—«Monseñor, vuestra lógica tiene formas muy raras!
«¿Acaso el matrimonio según nuestra costumbre
no debe de aceptarse con toda mansedumbre?»
Y luego con el jesto de una orgullosa dama:

—«Ella no ha de enlazarse sino con noble rama,
de Guzmanes ó Leivas.....» Y en su emoción del fondo
del pecho lanzó un fúnebre jemido hondo, muy hondo...

Entonces el presbítero creyó sentir en ella
como el despertamiento de su alma de doncella.
Aquella mujer célibe, con caprichos de niño
acaso en ese instante sintiera algun cariño
por el apuesto joven llegado desde Europa.
Acaso el frac de seda, la almidonada ropa
el título y las borlas del contorneado báculo
no fueran de sus sueños tentador espectáculo!

Todo eso pensó el cura sin comprender la causa,
y tomando el breviario, después de breve pausa
movió su frente atónica por esa extraña idea,
diciendo:—«Es tarde, es tarde... para que eso asi sea»
Mientras las sombras iban alargándose á trechos
y reinaba el silencio bajo los viejos techos,
el cura había cerrado su místico breviario
y recitaba salmos de su vocabulario......
De pronto allá á lo lejos creyó ver la silueta
del noble titulado...y escuchar de Julieta
la voz diáfana y fresca como una melodía
que surgía en la sombra de la floresta umbría....





IV

Después de un año largo de ardiente penitencia
dió el gran señor don Lope término á su ausencia.
Estaba satisfecho. Volvía victorioso,
á buscar de sus campos el patriarcal reposo.
El sumiso vasallo del ínclito Fernando,
veía al león ibero ya indómito triunfando,
mientras que los rebeldes, deshechos por los montes
arrastraban sus cruces por nuevos horizontes.

En la iglesia del pueblo repicó la campana
á las primeras luces de una estival mañana,
tin......tan......y de los cerros llegaron á la fiesta
trayendo alborozados de *pífanos* la orquesta......
Y luego descendieron los huasos al galope
dando vivas triunfales al héroe don Lope.

Nunca ¡ay! en las riberas del revuelto Aconcagua
donde crecen el verde maitén y la patagua,
se celebró una fiesta con tanta ceremonia

mas digna de los tiempos de la real colonia.
Los nobles de los fundos vinieron en caleza,
marchando don Felipe de Leiva á la cabeza,
y tras él, exhibiendo su garbo delicado,
el bachiller pedante con su bastón dorado...
Al bajar el mancebo, sacándose el sombrero,
se inclinó cual galante y antiguo caballero,
mientras doña Praxédes cubierta de sonrojos,
bajaba tiernamente sus asombrados ojos.

Era un apoteósis. Aquella pobre gente
creía que la España tornaba de repente
como en los buenos tiempos de Felipe segundo
con sus bravos campeones á conquistar el mundo.
Por eso fué aquel día de júbilo y locura
para todos......excepto la niña y el buen cura.
Fué un instante supremo. Mientras sonaba el clave
el hijo de los Leiva, ceremonioso y suave
sentóse frente á frente de la meliflua dama
Praxédes, y con tono de añejo melodrama,
así exclamó:
—«Señora, perdonad si me atrevo...
Señora, hace ya tiempo que silencioso llevo
un ideal, *el summum* de mis aspiraciones
para quien yo he obtenido mis condecoraciones.
A ella he dedicado mis títulos y honores,
y este bastón que sólo poseen los doctores......
(Al oirle una débil, pudorosa sonrisa,
se dibujó en el rostro de la anciana, indecisa)......
Y en fin cuanto yo tengo ¡oh señora, lo ofrezco
á ella, á la digna reina por cuyo amor padezco»......

Fué un momento de duda, fué un dardo penetrante,
rápido como un rayo, pues el siguió al instante:
—«Y ahora, vos su tía, su madre, vos su amiga,
habladle en nombre mío......»
Como una blonda espiga
se dobla con el viento de Otoño y cae mustia,
así la pobre dama se estremeció de angustia,
é hizo heróicos esfuerzos para decir con gracia:
—«Señor es mucha honra...¡Vuestra alta aristocracia!»



V

Cuando se retiraron los dignos comensales
y se oyeron sus pasos fuera de los umbrales,
en el estrado antiguo—el salón de familia—
reunióse un gran consejo—(*patriarcalia concilia*).—
Era una escena extraña de evocación fantástica
el venerable grupo de la mansión monástica:
el cura mansamente recitando sus rezos,
don Lope somnoliento dando magnos bostezos,
y á la luz de una lámpara colgada en las paredes
orando como en éxtasis la señora Praxédes.
«Pater noster...»—«Dios mío! Dios mio!» «¿Qué sucede»
clamó el magnate inquieto... «¿qué hay hermana
[Praxéde?»

Entonces incrustándose en un banco de roble
con la actitud magnífica de una matrona noble
contestó:—«Dios desea secundar nuestros planes,
unir á un noble Leiva la hija de los Guzmanes......»
Era el desiderátum de la astuta española
la unión de los dos títulos en una casa sola,
pero ¡ay! en sus ensueños de ambicioso egoismo
la novia era diversa, sólo el novio era el mismo......

Dando un hondo suspiro de ansiedad y amargura
miró de hito en hito á don Lope y al cura;
aquél muy satisfecho por tan fausto proyecto,
éste mustio, callado, con pensativo aspecto......
—«Señor abate, dijo, dadnos alguna idea»
Y él replicó tranquilo:—«Soy párroco de aldea.
No tengo voz ni voto en asunto tan serio;
mas si quereis que os hable, yo tengo un ministerio
y debo amor y amparo á las almas en germen
en donde los peligros de la inocencia duermen......
Julieta es una jóven que la vida aún ignora,
una ave que en el cielo puede volar señora
al lado de los ángeles. ¡Aún no está preparada
para ser una esposa! Sería desgraciada!......»

Si hubiera sido el párroco filósofo y psicólogo
hubiera visto al noble señor con este prólogo
mezarse los cabellos (que es de protesta signo)
¡Cómo! aquel real enlace de sus abuelos dignos
rechazaría? ¿Acaso era razón bastante
ser la futura novia sencilla é ignorante?
—«Señor, dijo don Lope, pues bien, vuestras razones
tienen la rara lógica de las revoluciones......
Vos no estimais los altos honores de los hombres,
mirando desdeñoso sus títulos y nombres......
¿A un magnate de Leiva como rehusar la mano?...
Sería poco digno, sería poco humano......
Para la pobre niña un porvenir ya luce
soberbio, incomparable......¿Quereis que lo rehuse?»

—«Cierto, exclamó la rígida señora con ambiguo
jesto estereotipado de un Gobelino antiguo—
será una boda régia, feliz, no hay quien lo dude,
y ahora retirémonos...... ¡Y que Dios nos ayude!......»

Asi terminó el gran consejo de familia
á la luz de una lámpara de aceite......y la vigilia
se continuó con rezos y un sobrio chocolate.
Cuando á la media noche se retiró el *abate*
sintió una inmensa angustia que le invadía el alma...
Todo, todo el pasado surgía en la gran calma
de la Naturaleza...y en su alma de poeta
como una nueva Ofelia figuraba á Julieta...
¿Era ella que pasaba por la penumbra obscura?
Quedóse largo tiempo sorprendido el buen cura.
¡Julieta! El nombre de ella le parecía suave
como la melodía purísima de una ave.
La recordaba entonces, cuando llena de flores
cruzaba por los anchos, macisos corredores
corriendo alborozada...¡Ella era ensueño y gracia!
¡Sacrificarla á ideas de estulta aristocracia!
¡Entregarla á un imbécil doctor y petimetre,
lleno de jeringonzas y leyes el *caletre*,
pero sin ese tacto delicado y sublime
que diviniza al hombre y un ideal le imprime!......





VI

Al comenzar las luces primeras de la aurora
sin conciliar el sueño, contando hora tras hora,
salió al campo el presbítero...y bajo nn alto tilo
sentóse dominando su espíritu intranquilo......
Y de improviso un leve rumor turbó el reposo
del bosque...Miró el cura con ojo temeroso
y vió á la pobre niña vagando descuidada
como en antiguos días por la verde enramada.
Era la misma que antes, pero mas triste ahora!
Venía pensativa. Su boca seductora
guardaba dolorosa sonrisa de tristeza,
dándole una romántica expresión de belleza.
—«Venid, dijo el presbítero, sentaos pobre niña»,
Y al ver que ella jemía:—«Vamos, quereis que os riña?»
murmuró. «¿Qué misterio podreis guardar conmigo
sin revelarlo á vuestro presbítero y amigo?»

Entonces ella pálida le refirió el capítulo
de quejas y de agravios con el galán ridículo,
de cómo iba tras ella por valles y por lomas,
cual gavilán ansioso de tímidas palomas......

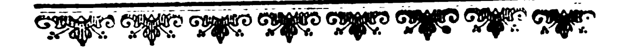
En vano ella mirábale con profundo desprecio,
y le lanzaba burlas al pretendiente necio......

«¡Quæ te dementia cepit...!» gritó el santo Vicario
tomando entre sus manos nerviosas el breviario.
¡¿Por qué el señor de Leiva ha de venir cual cierzo
á perturbar la calma de nuestro cielo terso?
¿Que no hay para tan alto señor otras consortes
en los grandes palacios de las reales cortes?
Sino que......»
Mas de pronto comprendió que ese tono
llevaba cierto amargo reproche, cierto encono,
y reprimiendo un tanto su malestar intenso:
—«Julieta, dijo, ojala tú ignores lo que pienso...»
—«Decidme todo, todo, exclamó ya sin calma
la malhadada niña. Yo siento aquí en mi alma
que estoy predestinada quizás á un monasterio.....
Al oir estas palabras el cura estaba serio.
¡Era que se acercaba la hora del medio día
llena de languideces y de melancolía!
Dos águilas lanzáronse desde el lecho del río
y al pasar cerca de ellos, como un gran soplo frío
formaron con sus alas, y cual dos sombras grandes
huyeron á las cumbres nevadas de los Andes
Esta visión errática de aquellas libres aves
dejó sombrío al párroco; presentimientos graves
le asaltaron. Pensaba que aquella vírgen pura
podía oir algún día la voz de la Natura.
Alguién le murmuraba:—¡Oh egoista, que quieres
hablar de sacrificios á los débiles seres!...
¿Porque se han marchitado ya para tí las flores

puedes creer que esa alma vivirá sin amores?
Es jóven y es hermosa. ¿Quieres acaso que élla
sea perpetuamente la virginal doncella?»
—«Nó! exclamó de improviso, despertando el Vicario,
de su absorción profunda, talvez no es necesario!»

Luego y hablando á solas recorrió la campiña
seguido en el silencio del día por la niña
y al pisar los umbrales de la vetusta puerta
halló la casa fría......mas que nunca desierta!



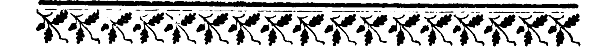


VII

Un día en que la célibe é implacable Praxédes
estaba con Julieta......tendiéndole sus redes
con cortesanas frases preñadas de malicia,
creyó que habia llegado por fin la hora propicia
de dar un digno término á su dorado ensueño,
y así dijo á la jóven con semblante risueño:
—«Ven inocente pájaro. Deseo que no ignores
que la vida no es solo correr entre las flores
y crecer inconsciente..Toda jóven se empeña
en ser de alguna casa la señora y la dueña.
¿Nunca has pensado, acaso, que haya otro hogar
[mas tierno,
mas propio de una jóven que el viejo hogar paterno?
¡Ay! nunca deseáramos, Julieta, que algún día
pudieses tu quitarnos tu grata compañía......
pero...sería un premio para nuestros afanes
que celebrases bodas dignas de los Guzmanes...»
Asi hablaba la vieja con el torpe egoismo
de la que no conoce del alma el hondo abismo,
mientras la pobre niña murmuraba:—«Señora,
por que no vivir siempre tranquila como ahora?...»

—«Porque, dijo la rígida soltera, un ser ilustre
que dará á nuestra casa alto renombre y lustre
te pide»...—«Ah! nunca, nunca, gritó ella enardecida,
Eso es indigno! Hacerme sacrificar la vida!......»
Aquí fué troya......Trémula, como furia, insensata
gritóle la alta dama:—«Eso piensas ingrata!
Yo que por tí he tenido predilección materna,
yo que te he visto débil y como un ángel, tierna,
te he protejido...Ahora que vengo y te suplico,
me dices con orgullo que yo te sacrifico.. ...
Sacrificarte! ¡cómo! ¿haciendo esposo tuyo
al mejor de los hombres, de la colonia orgullo?»
Y al ver su resistencia concluyó la señora:
—«Elije entre esas bodas y el claustro, traidora!»
—«¡Tia! gritó la jóven, mientras ella indignada
marchaba altivamente sin darle una mirada
—«Cúmplase vuestro gusto, si es voluntad del cielo..!»
y cayó confundida de humillación y duelo.





VIII

Era en aquellos tiempos que llaman coloniales,
costumbres de aristócratas los grandes esponsales.
Los padres celebraban solemne conciliábulo,
y á veces al contrato daba incitante pábulo
el fausto ofrecimiento de alguna pingue dote.
Después de los cumplidos venía el sacerdote,
el alma de la casa que todo lo concilia,
á coronar las íntimas escenas de familia.
Con todo el gran boato propio de un soberano
llegó el señor de Leiva para pedir la mano
de Julieta. Era esta grandiosa ceremonia
la mas digna de encomios de la antigua colonia.
Vino desde sus feudos en dorada caleza,
y estirando la mano con toda gentileza
entró en el alto extrado de la casa monástica
como penetra un príncipe en su mansión dinástica,
Después tomó un asiento, y haciendo reverencias
descubrióse la frente, lleno de complacencias......

[redacted]

«— Señor......
Fué aquel instante respetuoso y magnífico.
—«Señor, dijo estirándose con un jesto honorífico,
héme aquí que yo vengo señor Guzmán, hidalgo,
á hablaros de una alianza nupcial.
Lo que yo valgo
vos lo sabeis. No tengo para que hacer la historia
de la casa de Leivas de célebre memoria.
Tengo señor, un hijo, y el fin de mis afanes
es darle para esposa la hija de los Guzmanes».
Este discurso altivo fué oido alegremente
por la célibe dama, y el hidalgo impaciente
se levantó estrechando los brazos del anciano:
—«Será, murmuró, eterna la amistad entre ambos».

En medio de estos finos y agudos ditirambos
el cura lentamente se retiró......
Quien duda
que en ese instante clásico alguna sombra muda
de antiguos abolengos, de nobles del pasado,
no pasó suspirando por el lujoso estrado!......

—«*Consumatum est*» dijo solemnemente el cura
y al mirar á la jóven, pálida de amargura,
comparecer en medio de la terrible sala,
la vió languideciendo como la flor que exhala
sus últimos perfumes al terminar el día,
y murmuró al oido:—«¡Julieta, valentía!»
Luego la vió acercarse, trémula, como una ave
cogida de improviso, ante el de Leiva, grave.



IX

En la sombra del muro como trágico cuervo
se hallaba el cura á solas con su dolor acerbo
oyendo de la jóven la fúnebre sentencia,
y entonces cual un mártir que lleva en su conciencia
el peso de cien siglos de un dolor sobrehumano,
él inclinó la frente febril sobre su mano
y meditó en silencio.
Después, cual leon herido,
lanzó en el negro caos de la noche un rugido
y se alejó......La noche era gracial y obscura.
Aún mas lo estaba su alma.
Informe la Natura
se iba desvaneciendo como un sueño á su paso.
Pocos astros veíanse desde el Orto al Ocaso
en la bóveda negra del cielo, y á lo lejos
morían débilmente sus pálidos reflejos.

Sólo, hallábase en medio de la Naturaleza
lleno de inexorable, fatídica tristeza.

¡Nunca como ese día dolor mas fiero y hondo
cual puñal desgarrara de su conciencia el fondo!
Quiso rezar, y mientras él murmuraba el *Pater*
brilló una luz volcánica, cual resplandor de un cráter
que iluminó la noche con su misterio eterno
formando cuadros lívidos, escenas del infierno......

¿Quién era él? Que hacía? ¿Por qué error tan profundo
había allí buscado la soledad del mundo?
Huyendo de los fuertes halagos de la vida
¿por qué había soñado en la «senda escondida?»
¿Por qué? si de improviso cual nuevo Promete »
roía sus entrañas al buitre del deseo,
si volvía á ser hombre?
Fijó entonces sus ojos
en la noche profunda, y allí cayó de hinojos......

Fué un instante supremo de dolor infinito,
como el remordimiento del Lucifer proscrito.
Fué un instante tan solo, pues pronto la plegaria
despejó las tinieblas de su alma solitaria.
Pudo orar......Y el misterio de la divina calma
penetró como un rayo de esperanza en su alma.
Oró.
Después, tranquilo, recorrió la ribera
aspirando el perfume de la fluvial pradera,
mientras la visión pálida de una etérea imagen
le hacía ir murmurando —«*Dulce, dulce Lalagen*».
....
Y recitando versos del poeta del Lacio
perdióse entre las sombras profundas del espacio......



X

Y llegó de las bodas el suspirado día.
En la agrietada torre, como una melodía
sentíase el repique nupcial de la campana,
convocando á las gentes de la ciudad cercana.
Las polvorosas ruinas de la morada vieja
sonreir parecían con la jóven pareja
que iba á llenar de flores los ángulos obscuros
y los toscos pilares de los macizos muros.

Bajo el azul del cielo se erguía el campanario
cubierto con el muzgo de todo un centenario,
mirando la gran fiesta como anciano decrépito,
cargado de recuerdos. Los niños con estrépito
desde lo alto arrojaban guirnaldas á la calle
de ramas de verbenas y de flores del valle.

Cual siempre los señores de casas y de haciendas,
los que tenían títulos y reales «encomiendas»
con séquitos de *huasos* llegaban á las bodas



luciendo sus emblemas y sus insignias godas,
—señores que en un tiempo lo fueron de Castilla,
y que aún conservaban la capa y la golilla—

—«Estas serán, lo juro, las bodas de Camacho».
decía el petimetre, tirándose el mostacho,
mientras se pavoneaba con aires de Patriarca,
don Felipe su padre, señor de la comarca.

Y asi empezó el desfile nupcial de la colonia.
Primero iban los novios, de estricta ceremonia:
ella de blanca seda y azahares el traje
con la sutil mantilla de finísimo encaje,
el rostro triste, y pálida con el color de un lirio,
(semejante á una virgen consagrada al martirio);
él solícito y tierno cual cumple á un caballero
con el bastón de borlas y el tricorne sombrero......
Después iba don Lope como un héroe hispano,
don Felipe de Leiva gallardo y cortesano,
don Rufo el mayorazgo de Aconcagua mas rico.....
y otros que descendían del mismo rey Perico.

En seguida las damas formaban larga fila
llevando sus guirnaldas de flores, cual se estila,
en las reales nupcias......Solo, allí en el santuario,
quedóse el santo párroco rezando solitario.
Cuando todo el dorado, magnífico cortejo
penetró en aquel templo deteriorado y viejo

se levantó en silencio y empezó el sacro oficio.
Y cuando consumábase ya el magno sacrificio,
mientras cantaba el coro sus endechas sencillas
él sumergióse en éxtasis postrado de rodillas......
«¡Nupcial! cantaba el coro, y en el altar de leño
las luces emergían entre nubes de ensueño......

Después del sacramento vino el solemne baile
en el estrado antiguo. El venerable *fraile*
cabisbajo, apoyado en el vetusto muro
se había acurrucado en un rincón obscuro......
Allí observó en silencio la gracia esplendorosa
que irradiaba, cual nunca, la virginal esposa.
Pálida como mármol se apoyaba en el brazo
del mancebo. Seguíale con temeroso paso.
De pronto dió un suspiro..y al ver al santo cura
se dirigió temblando de ansiedad y amargura,
trepidó...hizo un esfuerzo......luego cayó de bruces
bajo de las arañas de titilantes luces.
....
Fué un instante terrible de confusión. El novio
harto de ira y de orgullo, llenó de amargo oprobio
al humilde presbítero. Olvidado del mundo
que le rodeaba, atónico, gritábale iracundo:
—«Vos sois aquí el culpable! vos sois aquí el demonio!
¿No le habeis insinuado tanto odio al matrimonio?»
—«¡No! respondió el presbítero sombrío é inmutable
mientras le repetían:—«Vos sois aquí el culpable!»

Todos allí callaron......

La sombría sentencia
no tuvo en el hidalgo disculpa ni clemencia
y el tímido Vicario, se alejó, pobre siervo
de Dios, en esa noche sombría, como un cuervo.

....



XI

Julieta, ya se muere. Vedla, allí está en su lecho.
La azucena del valle tranquila se ha deshecho
golpeada por el rudo simoun. En la campiña
no hay nadie que no llore por la graciosa niña.
Se muere...... Asi, sin duda, como muere Julieta
deben morir los lirios y la débil violeta.

En la paterna casa, don Lope está hosco y mudo.
Ya el señor orgulloso no hace ningún saludo,
ni quiere ver á nadie; y la inflexible Parca
Praxédes, tiembla trémula al ver así al patriarca......
Los viejos muros miran en un silencio augusto
pasar sombras de antaño con el semblante adusto...

Y una noche el delirio llegó. Sombras extrañas
bajaban de las pobres misteriosas cabañas,



que venían tras ella......Con presuroso paso
huyó sin rumbo fijo, discurriendo al acaso,
hasta llegar al monte coronado de espinos
y de cardos, en medio de lóbregos caminos;
y avanzó hasta encontrarse junto á la turbia linfa
del río caudaloso. Como una agreste ninfa
se sentó en los abrojos, suelta la cabellera
entre las cañas húmedas de la fluvial ribera;
y allí, llena de un hondo é inexorable hastío
quedóse como esfinge, viendo el rodar del río......
Toda su vida cándida desfiló como un himno
que siguiera monótono de la corriente el ritmo......
De pronto una voz suave le llegó dulcemente
diciéndole:—«No temas, porque eres inocente......»

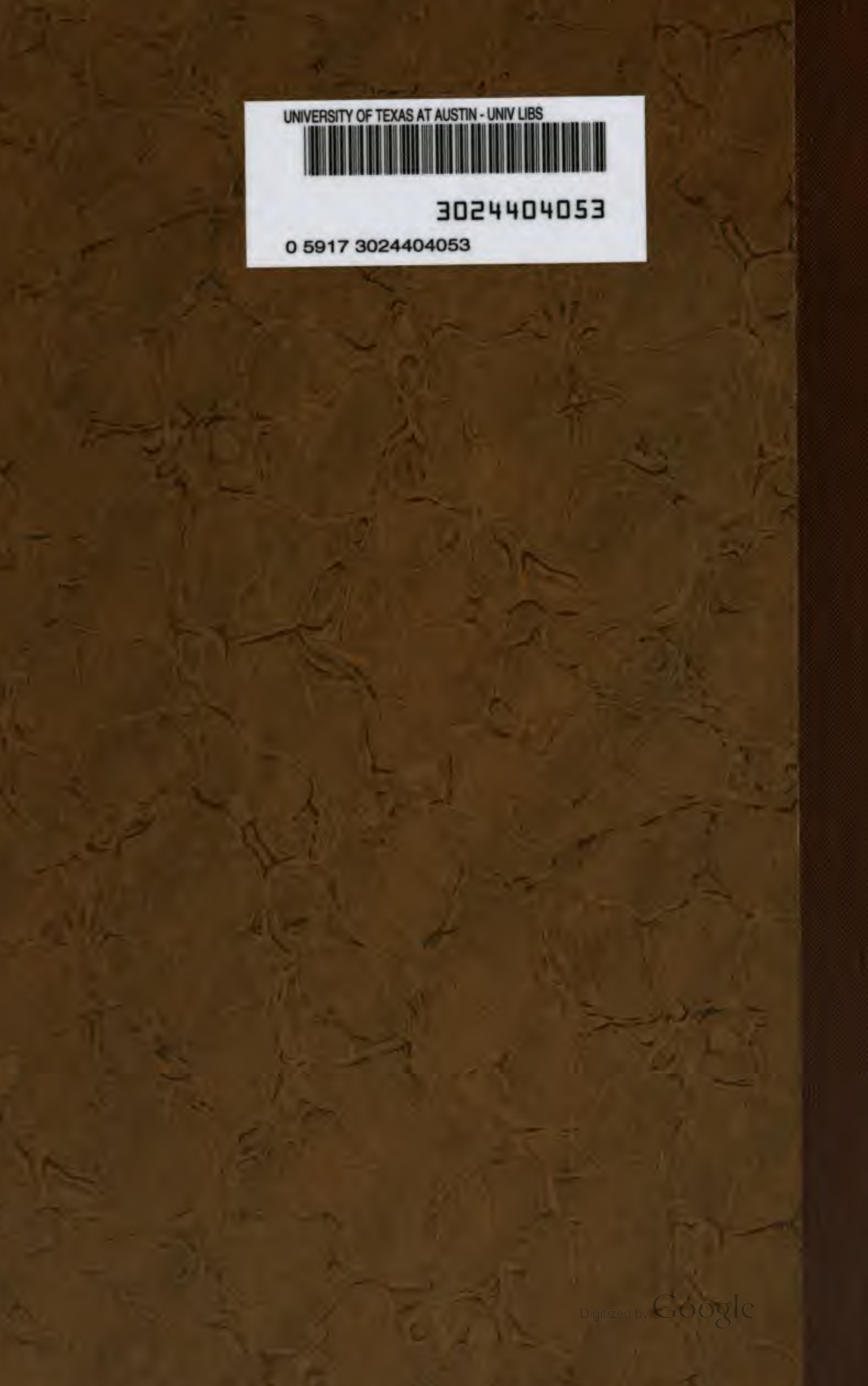
¿Quién la llamaba? A nadie en la estensión veía,
mas esa voz tan tierna de humilde poesía
llegaba hasta su alma como anhelante ruego.
Sentíala candente como un soplo de fuego,
Nadie allí se encontraba. Y con un sordo empuje
el huracán volvía que avasalla y que ruje,
y en ese torbellino ella sin fuerzas iba
en brazos del destino, exánime y cautiva.
Pero allá lejos, lejos una visión beatífica
cruzaba, como un ángel. Su mirada pacífica
y su serena frente le inspiraban confianza.
Y le decía:—«¡Vive, la vida es esperanza!»
Era el santo Vicario perdiéndose en las brumas,
entre los altos riscos y las blancas espumas,
que leía en su biblia las ya borrosas líneas
donde flotaban hadas y visiones virgíneas......

Y ambos quedaron solos en el campo desierto.
—«Julieta, él le decía, ¿con que ya todo ha muerto?
¡Todas mis ilusiones, mis sueños han pasado!
A tí toda mi vida de un tiempo he consagrado.
Por tí en este paraje de sombras y agonía
soportaba contento la honda melancolía
viviendo en dulce calma......Y ahora, por fin, que todo
ha concluido, ya empieza mi inexorable exodo.
Voi á dejar por siempre la paz santa y sublime
de mis últimos años......Mas, tú eres feliz, dime?
Y ella lo vió alejarse como se aleja un paria
sin un pan, sin abrigo, rezando su plegaria;
los pies descalzos, torpes......por la candente arena...
y sintió por ese hombre la mas profunda pena......
¡A él, que era responsable por un ageno yerro,
se le arrojaba fuera como á un inútil perro!
y se iba sin protesta, lejos del paraíso
perdido......
En vano, en vano detenerlo ella quiso......
porque siguió impertérrito hasta perderse lejos
del alto campanario y de los muros viejos......

Entonces ¡ay! Julieta sintió el negro desierto......
Su libertad que tanto buscara había muerto.
¿Qué iba ser de su vida? Quién le iba á dar ayuda
en los obscuros trances de la existencia ruda?
¿Por qué no ser tan libre cual las aves del cielo?
Quiso seguir al cura, y en un rápido vuelo
se remontó al espacio tras él......que iba delante
con la mirada llena de un ideal brillante......






UNIVERSITY OF TEXAS AT AUSTIN - UNIV LIBS
3024404053
0 5917 3024404053
Digitized by Google